

OCTUBRE 1985



DOCUMENTOS 11

POLITICA NACIONAL

ANALISIS DEL DEBATE PREELECTORAL

Documentos Nuevo Liberalismo 11

OCTUBRE 1985

DOCUMENTOS NUEVO LIBERALISMO 11
Octubre de 1985

POLITICA NACIONAL

Análisis del debate pre-electoral

Coordinadora del Comité Editorial:
GLORIA PACHON DE GALAN

Junta Directiva:

Presidente: Federico Echavarría Olarte

Vicepresidente: Hernando Jaramillo Upegui

Revisor Fiscal: Jorge Borda Anzola

Secretario: Eduardo Hernández M.

Tesorera: Beatriz Arango A.

Vocales: Gloria Pachón de Galán, Gloria Parra de Espinosa, Jorge Marmorek, Rafael Amador, Patricio Samper, Hugo Restrepo, Juanita Kopp de Sáenz, José Blackburn, Arturo Motta.

Director Ejecutivo:

Alberto Herrera Grisales.

Jefe de Ventas:

Alvaro Velásquez Caicedo

Publicidad:

Carmen Navarro de Schaefer

Diseño y Carátula:

Procesos Creativos

Composición:

Marta Gómez de Patiño

Corrección y Revisión:

Eduardo Ayala

Armada:

Mario Matallana León

Impresión:

Editorial Retina

Publicación de la FUNDACION

NUEVO LIBERALISMO PARA

UNA COLOMBIA NUEVA

Calle 34 No. 27-36 Ofic. 209

Teléfono: 2690380

Suscripciones: 2693393

A.A. 85158

Bogotá, D. E.

Licencia Mingobierno No. 002296

26 de agosto de 1985

Carátula: "A la marcha con Galán", desfile y manifestación en la Plaza de Bolívar de Bogotá el viernes 9 de agosto de 1985.

Foto: Jaime Niño

Contenido

La unidad de la Nación y las ideas liberales (Carta a Carlos Lleras)	7
Por el rescate del partido liberal (Discurso de Paipa)	11
Llamamiento a los liberales y a los independientes (Discurso presentación Documento No. 8).	19
La paz y la unidad objetivos prioritarios (Discurso instalación Congreso Nacional del Nuevo Liberalismo)	25
Libertad, Justicia y responsabilidad (Discurso en la Plaza de Bolívar)	37
Transformar un sistema antidemocrático e ineficaz (Discurso VII Convocatoria Nuevo Liberalismo)	45
La mujer, la juventud y los profesionales (Discurso banquete con las Fuerzas Nuevas, Hotel Hilton)	53

A los lectores

Nunca como ahora el debate electoral estuvo rodeado de tantas expectativas: la confrontación en las urnas con compatriotas que por años permanecieron al margen de la vida civil; la respuesta de los colombianos mayores de 18 años a los distintos proyectos políticos propuestos; las incógnitas aún muy grandes sobre la suerte del llamado "proceso de paz"; la crisis económica y su primera y más grave consecuencia: el desempleo.

Jamás en el pasado los ciudadanos se vieron frente a alternativas tan cruciales como las que se le ofrecerán en 1986 a través de las elecciones presidenciales y de corporaciones públicas: o participan en forma caudalosa para decidir el futuro democrático de Colombia o se abstienen y sustentan una vez más las maquinarias tradicionales, responsables de la prolongación de un sistema injusto y antidemocrático.

Estos y muchos otros temas relacionados con el debate pre-electoral expuestos por el senador Luis Carlos Galán, candidato a la Presidencia de la República por el Nuevo Liberalismo, desde el mes de junio pasado, conforman este Documento número 11 que la Fundación Nuevo Liberalismo para una Colombia Nueva, ofrece a los colombianos como una contribución a la claridad de los elementos de juicio, indispensable en las decisiones que tendrán en sus manos los electores colombianos el año próximo.

La unidad de la Nación y las ideas liberales

Carta enviada por Luis Carlos Galán al ex-presidente Carlos Lleras Restrepo con motivo de la publicación del libro "Por una estrategia liberal", en acto promovido por la Sociedad Económica de Amigos del País el 21 de febrero de 1985 en el Hotel Hilton de Bogotá:

Bogotá, D. E.,
21 de febrero de 1985

Señor Doctor
CARLOS LLERAS RESTREPO
Fundador y Presidente Honorario de la
Sociedad Económica de Amigos del País

Señor presidente y señores miembros de la
junta directiva de la Sociedad Económica de
Amigos del País
La ciudad

Apreciado señor Presidente y distinguidos
amigos:

En mi condición de miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País desde 1963, celebro con especial complacencia que sea esta institución el principal anfitrión del acto de esta noche en el cual se presenta el libro "Por una estrategia liberal" que recopila 18 conferencias sobre el liberalismo y su futuro.

En medio de la crisis liberal es muy positivo que adquieran mayor influencia los centros de estudios de las diversas corrientes del liberalismo y que en la búsqueda del camino que debe seguir ahora el partido, lo simplemente mecánico le ceda el paso a la reflexión y a la creatividad de los sectores intelectuales para explorar alternativas y explicar los problemas nacionales, de modo que el pueblo exprese su voluntad bien informado sobre cada una de las alternativas. Fue la Sociedad Económica de Amigos del País —hace 29 años— la primera institución en proponer esa nueva dimensión del debate político para formar una opinión pública más consciente de los problemas nacionales. A lo largo de los últimos años, otras instituciones se han inspirado en el modelo de la SEAP y por eso hoy todos los sectores políticos se preocupan por organizar centros de investigación y estudio de los problemas nacionales.

Actos como el de esta noche sólo tienen sentido si se reconoce que el futuro del liberalismo lo definirá la voluntad popular y que por respeto a la misma es preciso examinar las realidades del partido en tal forma que el pueblo tome clara conciencia de los factores que determinan las realidades colectivas. Si existe en todos los sectores del liberalismo la decisión de respetar la voluntad popular sin ventajas ni prejuicios, en un proceso abierto y transparente, se puede afirmar que no habrá obstáculo insalvable para que el liberalismo se transforme y logre construir con sus principales vertientes una nueva y eficaz voluntad colectiva.

La unidad de la Nación

La primera meta del liberalismo no es su propia unidad, deseable y necesaria claro está para seguir siendo la fuerza popular más importante del país, pero en el fondo inferior a una meta todavía más alta: la unidad de la Nación. Colombia todavía no ha logrado su fundamental unidad. No hemos conseguido aún que todos los colombianos respetemos las instituciones porque éstas, a pesar de su innegable solidez, tienen fallas y limitaciones que afectan el desarrollo de la democracia. Existe una desigualdad profunda entre los sectores sociales y económicos. La inmensa mayoría del pueblo colombiano no ha logrado satisfacer sus necesidades básicas de salud, educación, vivienda, empleo y de protección contra los riesgos de invalidez, vejez y muerte. Logró Colombia transformar muchas de sus condiciones de vida durante el Frente Nacional, pero ha cambiado profundamente la naturaleza de los problemas y, como complemento del gigantesco y desordenado proceso de urbanización de los últimos cuarenta años, ahora vivimos las primeras manifestaciones del impacto de la internacionalización que modificará todas las necesidades, los criterios, las posibilidades y los instrumentos de la vida nacional. La destrucción de los privilegios no ha terminado y mientras sobrevivan en la política y en la sociedad no habrá verdadera democracia ni paz estable.

La paz no es la ausencia de conflictos porque éstos son indispensables para el progreso y la evolución de los pueblos. La paz es la construcción de instituciones que todos respetemos como imparciales y eficaces para dirimir los conflictos y construir periódicamente nuevos consensos colectivos. La paz es libertad política y solidaridad económica y social. La paz no es aplastar la inconformidad ni abandonar vastos territorios donde el Estado no existe o apenas tiene una presencia menesterosa o improvisada. La paz tampoco es la rendición del antagonista ni la humillación del disidente: La paz es el pluralismo expresado a través de las instituciones y respetado por ellas.

En la búsqueda de un nuevo orden político y social el liberalismo no puede encerrarse en

actitudes autosuficientes porque si bien ha sido y debe volver a ser el eje de la evolución democrática en Colombia, ahora vivimos en una sociedad pluralista en la cual ocho millones de ciudadanos menores de 30 años reclaman nuevos horizontes para entender el destino de la Nación, así como exigen un cambio radical en las funciones y el desempeño de los partidos políticos.

La izquierda democrática

Afronta el liberalismo un problema fundamental de identidad. Desde hace dos décadas se volvió un lugar común definirlo como una coalición de matices de izquierda. Sin embargo, ha sido notorio el desconcierto de quienes ahora se desgarran las vestiduras porque se hable de conformar una coalición de centro izquierda para unir fuerzas democráticas que sean capaces de conducir a Colombia en el proceso de cambios que vive y vivirá durante varios lustros. La palabra izquierda —que es otra manera de expresar la palabra pueblo y la palabra cambio— suscita la angustia de quienes prefieren que los totalitarios monopolicen la izquierda, con lo cual se olvidan del espíritu progresista esencial en la historia de nuestro liberalismo. Existe en Colombia —tiene que existir— una izquierda que respete la Constitución, rechace la violencia y sólo base su fuerza en la voluntad indeclinable de interpretar y servir al pueblo para redimirlo de cuanto lo frustra y oprime. Esa izquierda debe ser democrática y por lo tanto no puede aceptar ningún tipo de dictadura. Esa izquierda debe ser patriótica y por lo mismo no puede permitir ningún condicionamiento extranjero. Esa izquierda debe ser pacífica y por consiguiente no debe entender su misión con instrumentos diferentes de la persuasión y la racionalidad. Esa izquierda se halla hoy perpleja, frustrada y por lo mismo es abstencionista y escéptica porque no está de acuerdo con el uso de la violencia para cambiar a Colombia, pero tampoco cree en los sectores dominantes de los partidos al contemplar el balance concreto del proceso de reformas sociales en el último cuarto de siglo. Esa izquierda fue el alma del liberalismo y sólo cuando la interpretemos y recuperemos volverá el partido liberal a ser la primera fuerza creadora de la sociedad colombiana.

Las funciones del Estado

El liberalismo introdujo en la Constitución el principio de la intervención del Estado. Cincuenta años después, el Estado tiene en Colombia y en el resto del mundo dimensiones, responsabilidades e instrumentos insospechados, sin embargo, la administración pública se ha quedado atrás y el Estado moderno es un gigante impotente, ineficiente, centralista y contradictorio. El déficit que hoy asfixia al Estado es también el resultado de ese derrumbe de la administración pública que condiciona y paraliza al país. Si el Nuevo Liberalismo propuso estudiar a fondo la estructura y las características del gasto público, no lo hizo con la idea de llegar a recortes y ajustes superficiales sino con el ánimo de proponerle a los demás sectores políticos —liberales, conservadores e independientes— que se haga un estudio completo de las funciones estatales para eliminar todo lo que no tenga clara justificación y para organizar la información indispensable en una nueva etapa de la intervención estatal. Nosotros creemos en el Nuevo Liberalismo que cada sector político llegará a sus propias conclusiones de acuerdo con su concepción del papel del Estado y sus criterios sobre el bien público, pero, el ejercicio propuesto es indispensable para garantizar la seriedad de las innovaciones que se realicen durante los próximos cinco años a la estructura administrativa y por lo mismo a las funciones del Estado. Quienes no apoyamos el desmantelamiento del Estado pretendido por sectores de derecha estamos seguros que el estudio total del gasto público es el procedimiento más lógico para demostrar, de nuevo, la importancia de la intervención del Estado para establecer los caminos que permitan asegurar su eficacia e idoneidad en el proceso de modernización que determinará el papel de Colombia en la vida internacional.

En medio del pesimismo y el desconcierto que hoy cunden en algunos sectores resulta necesario señalar que esta crisis de la Nación y del liberalismo es conveniente para iniciar una nueva época. No estamos ante una crisis de decadencia sino ante una crisis de transformación. Cuantiosos recursos naturales y todo el

potencial creativo de nuestro pueblo apoyan la fe que tenemos en el futuro de Colombia. Nuevas fuerzas y nuevas perspectivas crean el conflicto y la contradicción entre lo que comienza y lo que termina. Esa ha sido la lección constante de la historia. No porque se menosprecie el pasado y el esfuerzo de las seis generaciones que han construido la República, sino por la necesidad de entender el porvenir de una Nación que ya tiene más de treinta millones de habitantes y es un protagonista fundamental en la vida del Continente Americano.

Un nuevo partido liberal

Al liberalismo siempre le ha correspondido abrir caminos. Eso no es fácil ni está exento de riesgos e incomprendiones. Mientras más recorro el país y observo dentro de mis posibilidades el proceso nacional, más claro me resulta que la clave está en la reorganización del liberalismo y en la capacidad que demuestren sus dirigentes para entender que estamos en el umbral de una nueva época histórica que exige nuevas perspectivas y la mente abierta para descifrar el complejo proceso de Colombia en la vida moderna. Centenares de miles de jóvenes que nunca habían votado o lo hacían por primera vez o de ciudadanos que estaban al margen político, desde 1980 se sienten interpretados por esta clase de reflexiones. La política tiene fases de ruptura y de integración. Las dos son necesarias para crear y construir. No se promueve la primera para renunciar a todo en la segunda. La ruptura se hace para generar fuerzas que luego se integren en un punto superior al inicial. Deseamos que a esa integración se llegue con un nuevo partido liberal. Si eso no es posible, estamos dispuestos a hacer lo que sea más conveniente para Colombia sin temor a los riesgos y las dificultades que ello nos determine.

Reciban señor presidente Lleras Restrepo y estimados compañeros de la Sociedad Económica de Amigos del País mi más cordial saludo.

Luis Carlos Galán

Por el rescate del partido liberal

Discurso del doctor Luis Carlos Galán

Clausura del Foro Nacional Ideológico y Programático de Paipa, junio 23 de 1985.

Señores integrantes del Comité Nacional Organizador del programa de Foros Regionales y del Foro Nacional de Paipa

Señores coordinadores de los Foros Regionales

Señores coordinadores de los once grupos de trabajo que deliberaron en el día de ayer, en este Foro de Paipa

Señores miembros del Comité Coordinador de Boyacá, querido pueblo de Boyacá que me escucha a través de la radio:

Durante los dos últimos días, hemos examinado, de alguna manera, diagnósticos, proposiciones, alternativas sobre casi 80 temas de interés nacional.

Ha sido un esfuerzo inmenso con el cual todos los participantes en este Foro hemos querido expresar nuestro interés, en la identificación de los problemas de Colombia, y en la definición de los criterios con los cuales el Nuevo Liberalismo quiere ayudarle a la Na-

ción a encontrar respuestas a tantos interrogantes, a tantos asuntos, a tantos problemas, y al mismo tiempo asegurar posibilidades de desarrollo y de evolución a nuestra sociedad.

Nunca hubo un esfuerzo semejante por parte de ningún grupo político en Colombia, si recordamos lo realizado en el proceso de reflexión de febrero, marzo, abril, mayo y ahora en julio, en los 9 Foros previos y en esta reunión nacional que ha buscado la conciliación del material de los Documentos y los criterios acumulados en todos estos debates.

En 1985 le hemos dedicado todo el primer semestre a estas reflexiones. Partimos de los criterios formulados desde 1981. No hemos sustituido estas reflexiones que constan en múltiples documentos, especialmente en aquel que llamamos dentro de nuestra organización el Documento No. Uno.

Pero tampoco nos hemos limitado a enfatizar lo que se expuso en 1981. En verdad lo que hemos hecho ha sido prolongar esas reflexiones y ampliarlas, ampliar las perspectivas para descifrar nuestras responsabilidades y nuestros criterios sobre la vida colombiana. En 1981 también se hizo un escrutinio de decenas de temas. De otra manera y por otras posibilidades, en aquella oportunidad como ahora, fue necesario y es necesario conciliar las ideas fundamentales que resumen el sentido de nuestra lucha con el examen detallado de tantos asuntos como los que aquí acabamos de escuchar y de mencionar. En aquella

oportunidad dijimos que las ideas fuerza fundamentales eran las siguientes: en primer lugar la búsqueda de un papel independiente y digno de Colombia en el escenario internacional. Convencidos como estábamos y como estamos, que nuestro país, aún no ha logrado establecer cuál es su papel en el mundo de hoy y no ha conseguido en este papel defender su autonomía, defender el control de su propio destino, y conseguir el respeto y la consideración de los demás pueblos del mundo, en un momento en el cual los procesos internacionales se condicionan más, se intervienen y se determinan por fuerzas recíprocas, por fuerzas simultáneas. Hoy nadie puede organizar la economía de un país, sin tener en cuenta los factores internacionales, muchos de los cuales se escapan de nuestro control. Hoy nadie puede organizar su propio modelo político sin considerar los factores internacionales, y ni siquiera puede descifrar su propia sociedad sin tener en cuenta la manera como los medios de comunicación están configurando conductas, intereses, aspiraciones, necesidades, valores, más allá de lo que establecen las fronteras.

Tres dimensiones de la acción

Apenas comienza para los colombianos el proceso de internacionalización de nuestra existencia, pero durante los próximos años ese proceso se hará más intenso, y el reto entonces ya no consistirá tan sólo en identificar los problemas nacionales sino en saber conciliar al mismo tiempo tres dimensiones simultáneas de nuestra vida y nuestra realidad.

La dimensión local, siempre presente e indispensable, próxima a nosotros, en nuestro municipio, en nuestro barrio, en nuestra aldea, o en nuestro departamento. La dimensión nacional que debe conciliar las relaciones entre esos municipios y departamentos y la dimensión internacional que como acabo de señalarlo configura el cuadro del proceso colectivo de nuestro tiempo.

La segunda idea planteada desde 1981, es la de buscar la identidad de nuestra naciona-

lidad en los factores culturales, en la historia, en las conductas, en los valores, que se expresan en las distintas regiones y en el conjunto del país. Buscar esa memoria colectiva indispensable para saber qué es lo que han hecho varias generaciones, qué es lo que han querido construir como Nación, como República, qué es lo que recibimos como herencia del esfuerzo de estas 6 ó 7 generaciones que han actuado desde la época de la independencia y por lo tanto qué es lo que le da sentido a nuestro propio testimonio, a nuestro propio esfuerzo dentro del marco de nuestra generación.

La tercera idea fue desde 1981 la de la democracia, la de buscar que el método para tomar las decisiones sobre los problemas colectivos era el de la democracia, pero la democracia expresada a plenitud en sus dimensiones políticas, sociales y económicas, lo que llamamos desde entonces la democracia orgánica, o lo que hace pocos minutos en distintas alusiones, nuestros compañeros llamaron la democracia integral.

La cuarta preocupación fundamental, que nos animó en los planteamientos de 1981 fue la de darle al Estado unos nuevos conceptos para establecer sus funciones, su justificación, sus recursos, su organización, porque desde entonces estábamos conscientes, de que uno de los problemas fundamentales de nuestro tiempo es el de redefinir el papel del Estado, que ha crecido en forma prodigiosa, desmesurada y hasta peligrosa en el curso de las últimas décadas, sin que sus instrumentos, sus recursos y responsabilidades tengan una clara identificación y una coherencia verdaderas.

Finalmente, señalábamos en aquellas primeras reflexiones de 1981, que Colombia necesitaba una nueva estrategia de desarrollo económico y social. Que después de los lustros durante los cuales distintos modelos de desarrollo guiaron la organización de los recursos nacionales y la identificación de las metas sociales y económicas, era indispensable volver a examinar esos modelos de desarrollo y volver a plantear el problema de las prioridades, y el de las ventajas comparativas que pudieran derivarse para nuestro país de sus recursos naturales, sus recursos humanos su posición geográfica.

Llevamos 4 años luchando bajo el marco de esas grandes referencias, buscando que en el país se despierte la conciencia colectiva sobre los problemas públicos, buscando que la Nación, en medio de sus perplejidades y contradicciones, logre organizarse para responder a los grandes retos de nuestro tiempo. Ahora, en el 85, recogiendo esas reflexiones iniciales, pero recogiendo sobre todo, la experiencia de estos 4 años de desempeño, con errores, con aciertos, con satisfacciones, con frustraciones, todo lo cual es normal en una lucha humana, sobre todo si se quiere entender un proceso histórico, el proceso histórico de un pueblo; nos hemos dedicado en estos meses a una nueva identificación de nuestros objetivos, a una nueva identificación de nuestras propuestas al país.

Y esto ha ocurrido en un momento en el cual Colombia ve agudizadas sus contradicciones entre quienes, desesperados, piensan transformarlas merced a un proceso de violencia sin importar el costo en vidas humanas, sin considerar el despilfarro de recursos de todo orden. Enfrentados a quienes en el otro extremo, igualmente equivocados, se resisten a facilitar los cambios y mantienen el control de los grandes factores de decisión en el país, porque todavía nuestro pueblo no ha logrado plena conciencia de sus derechos, ni de sus deberes, y aún está sometido y condicionado por poderes de decisión que están en contra de sus propios intereses y posibilidades.

A nosotros nos corresponde, darle un nuevo sentido a la historia de Colombia y hacerlo en medio de esta encrucijada y de todas estas dificultades e interrogantes. Y al juzgar en este nuevo sentido la historia de Colombia, tenemos que volver a pensar en dónde están los problemas esenciales.

Democracia e independencia

Yo diría que los dos temas fundamentales válidos para nuestro país y válidos para América Latina son: en lo interno, conquistar la democracia; y en lo externo, conseguir la au-

tonomía en las decisiones fundamentales, dentro del diálogo inevitable e indispensable entre todos los pueblos de la Tierra.

La democracia supone la construcción de ciertos valores, sin los cuales la democracia no existe. La democracia supone libertad, igualdad, y responsabilidad. Para tener una verdadera democracia, es preciso asegurar la libertad de nuestro pueblo, pero al propio tiempo esa libertad será precaria e inestable si no hay justicia en las relaciones entre los colombianos; y del mismo modo, no perdurarán ni la libertad, ni la justicia, si no hay responsabilidad en el comportamiento de todos los colombianos frente a la sociedad.

Nosotros le proponemos al pueblo colombiano, no que nos identifique como redentores como si fuésemos capaces de transformar merced a un privilegio cualquiera la organización de la sociedad, las posibilidades y perspectivas de nuestro pueblo. Lo que queremos que entienda nuestro pueblo sobre el sentido de nuestro mensaje, es que lo llamamos a asumir sus responsabilidades, a intervenir en el manejo de sus realidades, a hacerse dueño de su destino, a conocer esas realidades y a no permitir que se le sustituya en las decisiones fundamentales sobre su existencia, merced a estructuras de poder privilegiados, o injustas que discriminen en contra de la mayoría de los colombianos. Lo que le proponemos a nuestro pueblo es que no sea indiferente a su propia existencia, que no espere que algunos con las armas le impongan su destino; ni que otros con los instrumentos tradicionales de poder, le condicionen o le frustren su desarrollo, sino que intervenga, delibere, analice su realidad y actúe y se pronuncie.

Estamos haciendo un esfuerzo para despertar la conciencia de los colombianos, y creemos que poco a poco se entiende en nuestro pueblo el sentido de nuestro mensaje. Confiamos en que merced a la perseverancia en nuestra acción y a la coherencia en nuestro comportamiento el año entrante el pueblo nos concederá el derecho de interpretarlo y guiarlo, no porque vayamos a sustituir sus responsabilidades, sino porque nos reco-

nocerá como coordinadores de sus recursos, de sus voluntades, de su posibilidades y de sus esfuerzos.

Pretendemos también, que al lado de la democracia lograda como resultado de la libertad, de la igualdad y de la responsabilidad llegue una nueva hora para entender la soberanía de nuestras naciones, dentro del marco latinoamericano y con los procesos que deben obtenerse merced al conocimiento de los propios latinoamericanos, de sus realidades, sus posibilidades y de la organización de sus instrumentos y perspectivas.

La crisis liberal

En ese proceso estamos desde hace ya un poco más de 5 años de trabajo a escala nacional. Emprendimos ese esfuerzo, primero como colombianos. Segundo, como liberales. ¿Y por qué como liberales? Porque desde hace 150 años el liberalismo ha sido la fuerza creadora en la sociedad colombiana, la fuerza renovadora de esta sociedad. Sin embargo, a lo largo de 150 años hay múltiples episodios y circunstancias de acción del partido liberal, como primera fuerza popular de Colombia, con grandes aciertos, con posibles errores de buena fe cometidos en otras etapas de la vida nacional, hasta llegar a la crisis actual que nos plantea problemas específicos, responsabilidades especiales y por lo tanto, reflexiones concretas y pertinentes para lo que vive hoy Colombia, sobre lo que significa la suerte del partido liberal, lo que puede ser su papel y su función en la sociedad de hoy. El partido liberal desde hace varios años está en una profunda crisis. Primero, porque fue el partido que luchó por la libertad política. Esa fue su primera razón de ser. Desde su nacimiento el primer mensaje que proclamó fue ese. Sin embargo, ese partido, en los últimos años, merced al proceso que vivió de usurpación, de sus verdaderas directivas y desorientación de sus verdaderas responsabilidades, se dedicó al fraude electoral, a la compraventa de votos, a la manipulación de los instrumentos de la administración y del Estado para condicionar

las conciencias de las gentes, desconociendo el primer principio que le dio razón de ser, como fue, o ha sido y debe ser el de la libertad política.

Quienes han dirigido el partido en los últimos años, traicionaron a los sectores campesinos del país, los frustraron después de que tales sectores esperaban del liberalismo un esfuerzo profundo y real para transformar la organización campesina, la organización rural de Colombia en todas las dimensiones de la modernización agropecuaria del país, la tenencia de tierras, la tecnología, el crédito, la comercialización, la organización campesina, el desarrollo de los servicios sociales en los medios rurales, todo eso se convirtió en proyecto subalterno del Estado, en materias secundarias, cuando no en tema completamente menospreciado y olvidado por quienes ejercieron el poder a nombre del liberalismo.

Y además de la frustración de los sectores rurales, los dirigentes del partido liberal en los últimos años, no tuvieron ninguna definición sobre los problemas esenciales relacionados con los monopolios existentes en la economía colombiana, o con los grandes conglomerados que aprovecharon el proceso de crecimiento del sector financiero para apoderarse de los recursos de la Nación, para especular con los ahorradores, y actuar en los términos que tantas veces se han denunciado.

Y ese mismo partido ignoró el proceso de modernización urbana, el crecimiento de las grandes ciudades que demandaba una política sobre la tierra urbana, para evitar la especulación con la tierra; le tuvo miedo a plantear y defender en verdad con el poder que tenía y le otorgaba el pueblo colombiano, un proceso de modernización en el sistema de tenencia de tierra en las grandes ciudades, y de organización de los recursos de las multitudes que se desplazaron de las zonas rurales a los grandes centros urbanos del país.

Tampoco hubo una política verdadera en materias internacionales. En unos casos porque se improvisó irresponsablemente en decisiones cruciales sobre los recursos naturales

del país, y en otros casos, porque lo único que quedó de una gestión internacional fue un vergonzoso viaje por Europa de un jefe de Estado que no entendía el cumplimiento de su deber. El partido liberal ignoró las responsabilidades ideológicas y doctrinas acumuladas por muchas generaciones para la defensa de los derechos humanos, y la protesta no fue atendida ni respondida con los instrumentos racionales y democráticos propios del pensamiento liberal, sino que se obró con complacencia y silencio frente a inauditos atropellos que significaron torturas y abusos para personas vinculadas a los procesos políticos de inconformidad, traicionando en esa forma también principios esenciales de la historia y de la personalidad del liberalismo.

Y aún la lista de atropellos cometidos es interminable, y se dio por inconsciencia del proceso histórico, por menosprecio a la vida de los colombianos y a sus derechos políticos. Contra todo eso nos rebelamos pero no para abandonar los ideales del liberalismo sino para denunciar a los culpables y proclamar su destitución por el pueblo merced a una gran movilización a la cual no hemos renunciado ni renunciaremos.

Permitieron que el dinero de los narcotraficantes tratara de conquistar poderes de decisión en el Estado y guardaron silencio frente a su infiltración en el propio Congreso de Colombia. Si no hubiera habido como lo hubo el esfuerzo y la decisión del Nuevo Liberalismo frente a estos temas vitales, hoy el liberalismo colombiano no tendría porvenir alguno, y estaría convertido en una fuerza en agonía o en proceso de disolución como le ocurrió a los demás partidos liberales en América Latina.

Son principios de supervivencia y de justificación del liberalismo en Colombia. Nada sería más fácil para nosotros que abandonar al partido y repudiarlo. Pero nosotros no abandonamos esos liberales vencidos, agraviados y desconocidos por personas que no supieron interpretar los valores populares, que no supieron entender el poder que les confió el pueblo y que le causaron al liberalismo un profundo daño, amenazando su propia supervivencia.

Y entendemos naturalmente este proceso en una estrecha relación con fuerzas nuevas que son indispensables en la sociedad. Evidentemente en la sociedad contemporánea hay fracciones gigantescas de opinión y de la ciudadanía no comprometidas con ninguna fuerza política. Nosotros queremos llamarlas de nuevo a iniciar un gran proceso político que tendrá definiciones en el curso de los próximos meses para darle a Colombia la alternativa que está reclamando ante las posiciones continuistas y conformistas que tratan de imponerle tanto el partido liberal en su sector oficialista, como el partido conservador.

La crisis conservadora

El partido conservador también ha tenido buena parte de estos vicios y corruptelas, porque en verdad ha sido prácticamente imposible establecer límites claros entre las acciones de uno y otro partido en los últimos gobiernos. Ellos son co-responsables de las políticas económicas aplicadas que generaron el gigantesco déficit que hoy tiene postrado al Estado en sus servicios fundamentales. Ellos son igualmente responsables del crecimiento y desarrollo de una metodología clientelista y antidemocrática que ha querido usurpar y desconocer los derechos del pueblo de elegir libremente sus gobiernos y definir conscientemente su destino.

Pero en nuestro caso el primer reclamo se lo hacemos al partido liberal, porque el partido liberal en su sector oficialista, traicionó las banderas del liberalismo. Y nosotros esperamos que en este proceso el pueblo colombiano y el pueblo liberal entiendan en dónde están las banderas de reivindicación y transformación de la sociedad, de modernización del Estado, de organización de los derechos y perspectivas de todos los colombianos.

Barco y Turbay

Hoy un vocero del señor Julio César Turbay Ayala nos invita a retirarnos del partido

liberal. Pues bien, lo que habría que hacer, la invitación pertinente, tiene dos aspectos: la una, al doctor Virgilio Barco, lo invitamos a que asuma la responsabilidad de afrontar la opinión del pueblo colombiano sin tener un contubernio inexplicable con una clase política agotada, responsable del actual deterioro del país. Si quiere dirigir el Estado colombiano, que salga a las plazas públicas libre de compromisos y ataduras a proponer en verdad una reconstrucción del país que no puede prometer en forma seria y respetable mientras intente hacerla con los mismos que destruyeron precisamente el país. El otro aspecto es la invitación al señor Julio César Turbay Ayala para decirle: si quiere volver a dirigir el Estado colombiano no lo haga a través del doctor Virgilio Barco Vargas convertido en el títere de sus aspiraciones e intereses. Hágalo de frente. Sométase en verdad a la opinión del pueblo porque ya la maniobra tramposa de 1978, que le permitió apoderarse de una candidatura por procedimientos tergiversados, falsos e irregulares, no se va a poder repetir porque va a encontrar frente a él a una Nación que no le permitirá un proceso semejante.

Nosotros amigos, sabemos exactamente cuáles son nuestras responsabilidades, cuál es la dimensión del reto que nos espera. No vamos a gastar las energías, no hemos querido hacerlo, en polémicas con fuerzas en decadencia y agotadas. Pero si pretenden faltarnos al respeto después de todo lo que le hicieron a la Nación, después de todo lo que le hicieron al liberalismo, encontrarán la réplica decidida y vertical del Nuevo Liberalismo.

Objetivos, organización y voluntad

Trabajamos para proponerle al pueblo colombiano un proyecto político. Y un proyecto político significa tres cosas sumadas esenciales e imprescindibles. En primer lugar, los objetivos, en segundo lugar, la organización y en tercer lugar, la voluntad política. En conjuntos los objetivos han producido todas las reflexiones mencionadas en estos Foros preliminares y en el encuentro de este fin de semana en Paipa. Esos objetivos aún deben

merecer mayores estudios antes de llegar al congreso nacional el 12, 13 y 14 de julio; hemos avanzado mucho en este fin de semana y muchísimo en los Foros realizados de febrero a hoy. Pero aún nos falta, bien lo entendemos todos, un cierto espacio para recorrer en la elaboración completa de nuestra plataforma política.

Quiero agradecer a todas las personas que intervinieron en el trabajo de estos días, su aporte fundamental. Quiero agradecerles, además lo que harán los coordinadores con los distintos compañeros que van a prestarles su concurso para detallar los últimos aspectos de la redacción final de la plataforma que se considerará en el congreso nacional en el mes próximo.

En cuanto a la organización, no estamos satisfechos. Pienso que por lo menos 14 ó 15 departamentos han logrado ya un buen nivel de organización. Tienen definidos sus sistemas de trabajo, tienen definidas sus estrategias y tienen un clima de consenso y solidaridad internos que les puedan permitir el cumplimiento de sus responsabilidades. Pero hay por lo menos tres departamentos con conflictos que merecerán atención y definición en el curso de las próximas semanas para que el Congreso Nacional del Nuevo Liberalismo defina los criterios para el manejo de este tipo de situaciones. Y hay otros departamentos, tres o cuatro, que se encuentran aún bastante atrasados. Objetivamente observamos estas circunstancias porque pensamos que en muchas regiones de Colombia la confianza y la esperanza del pueblo aún son superiores a nuestra propia organización o a la confianza que tienen nuestros compañeros en la capacidad de nuestro movimiento para interpretar esas fuerzas políticas, sociales y económicas. Existe voluntad política en el Nuevo Liberalismo, inmensa y creciente. Qué mayor prueba que esta gran movilización cumplida en torno de la reunión de Paipa. Qué mayor prueba que la energía, la buena fe con que se está actuando, que son los elementos esenciales de esta voluntad política, gracias a la cual lograremos la realización de los objetivos que le vamos a proponer a nuestro pueblo.

Queridas amigas, queridos amigos: les reitero mi gratitud por su consagración al cumplimiento de los deberes que todos tenemos con el Nuevo Liberalismo y con Colombia.

Confío en que las reuniones de carácter nacional que aún nos esperan permitirán llegar

a la plena definición de nuestro proyecto político y al pleno perfeccionamiento de nuestra organización. Como siempre amigos y compañeros: ¡Por nuestros ideales, siempre adelante! ¡Ni un paso atrás! ¡Y lo que fuere menester, sea!



El premio.

Pilsen.

Siempre presente cuando se trata de celebrar lo que se ha ganado con esfuerzo. Pilsen sabe a triunfo. Sabe a victoria. Por eso Pilsen es lo que es: un premio.

**Haga equipo
con cerveza Pilsen Cervunión**

 UN PRODUCTO CERVUNIÓN



Llamamiento a los liberales y a los independientes

Discurso pronunciado por Luis Carlos Galán en el Hotel Tequendama en la presentación del Documento número ocho de la Fundación Nuevo Liberalismo para una Colombia Nueva, julio 18 de 1985.

Nos reunimos hoy para presentar el Documento número ocho de la serie de publicaciones de la Fundación Nuevo Liberalismo para una Colombia Nueva. En esta oportunidad el Documento recoge el itinerario de las principales reflexiones que hemos hecho para promover la renovación y el crecimiento de la democracia, así como nuestros motivos para proponer una nueva manera de hacer política.

Cuando una Nación prepara fundamentales decisiones sobre su porvenir, todos estos antecedentes merecen consideración. Gracias a ello se puede apreciar qué interpretación de las realidades nacionales ha guiado a cada sector político, cuál ha sido la fidelidad a determinadas ideas y qué grado de confiabilidad tiene la palabra de quien propone un camino para superar las encrucijadas políticas, sociales y económicas en que se halla Colombia.

Lo primero que demuestran estos textos es que nuestras opiniones sobre la necesidad de reconstruir a Colombia no han surgido en 1985, ni obedecen a una estrategia para aprovechar electoralmente los problemas del Gobierno en una de las más agudas crisis econó-

micas del siglo. Desde las primeras horas de nuestra presencia en la política nacional entendimos que ésta sólo tenía sentido y trascendencia si se concebía no simplemente como la búsqueda del poder sino como la responsabilidad que tenemos todos los colombianos de impulsar transformaciones profundas en las instituciones, en la mentalidad individual y colectiva frente a los asuntos públicos y en el conjunto de la organización social, como condiciones indispensables para vivir en paz y tener un papel en el mundo contemporáneo.

Precisamente porque estas tesis empezaron a ser planteadas por nosotros desde hace más de siete años, antes de la fundación del Nuevo Liberalismo, no podemos reconocer la coherencia de las palabras del doctor Virgilio Barco quien ahora habla con énfasis artificial y aparatosa publicidad sobre la necesidad de reconstruir a Colombia y proponer convergencias con nostalgias sectarias, pero durante casi todos estos años se marginó del debate político o se aproximó al mismo de manera fugaz, tan solo cuando estuvo de por medio la expectativa de una candidatura presidencial que, por cierto, abandonó cuando se sintió inválido para enfrentarse a las maquinarias tradicionales.

Un voto misterioso

Se supo del doctor Barco que ante los primeros obstáculos de la lucha en 1981 prefirió abandonar la contienda; se supo también que

estuvo ausente y desconoció una convención idéntica a la que ahora señala como el fundamento de su personería; lo que nunca se supo es cómo votó en mayo de 1982. Si lo hizo por nosotros, sería inconsistente que ahora desconociera la validez de nuestra perseverancia; si lo hizo por el candidato surgido de la convención que él mismo descalificó, carecería de toda lógica su posición en septiembre de 1981; si lo hizo por el actual Presidente de la República resultaría interesante conocer la explicación de sus contradictorias posiciones políticas, como lo sería también en el caso de no haber votado por ninguna de las opciones presidenciales de aquel momento para volver tres años después a pedir con sorprendente humildad la investidura de candidato único oficialista con el visto bueno de López Michelsen y Turbay Ayala.

La confrontación de ideas y programas que ahora rehuye el doctor Barco después de proponerla, debe ser también una confrontación de actitudes para verificar la coherencia y la credibilidad de los planteamientos políticos. Hace pocas semanas al recibir unos cuantos desertores de la lucha me invitó en su discurso a "una cita histórica", según sus palabras. Yo quiero decirle que tal como lo demuestra el Documento número ocho esa cita no la puso él sino el proceso mismo de la sociedad colombiana desde hace más de siete años y él no la cumplió en las instancias previas y menos ahora, pues sus asesores desconfían injustamente de la capacidad del doctor Barco para realizar un debate con armas iguales y leales.

Las alternativas políticas

Nos encontramos en un año pre-electoral lleno, por lo tanto, de acontecimientos y responsabilidades políticas. En principio la Nación se halla ante tres alternativas fundamentales. La primera es renunciar al uso de la razón y convertirse en testigo impotente de decisiones impuestas por la fuerza, lo cual, además de ser absurdo por el sacrificio de vidas que implica, tiene un resultado conocido, pues en América Latina la vía armada no es el camino y la violencia subversiva lo único que consigue es ge-

nerar la violencia represiva. El segundo camino es permanecer dentro de la opciones simplemente partidistas, aun cuando también se sabe que allí no hay voluntad ni opción de cambio, pues el poder popular ha sido usurpado por los gamonales que también en este gobierno han tenido el control de estructuras burocrático electorales, además los partidos carecen de programas alternativos y sólo representan métodos e intereses del pasado. La tercera posibilidad es que la Nación se exprese libre y directamente sobre sí misma y que las nuevas fuerzas sociales se atrevan a ser creativas para generar nuevas mayorías que no fundamenten su autoridad en glorias pretéritas o en la simple inercia de los barones electorales confederados, sino en la interpretación de los múltiples movimientos sociales que han sido generados por la urbanización, la internacionalización y la modernización de Colombia. Se trata de darle fluidez a la política y a la comunicación entre los colombianos.

Nosotros estamos por ese tercer camino. Creemos en el poder de la razón y en la madurez de nuestro pueblo. Pensamos que los partidos son necesarios pero insuficientes inclusive en las democracias más avanzadas. Coincidimos con las fuerzas políticas tradicionales tan solo en el repudio a la violencia, pero tenemos criterios distintos sobre lo que significa la participación popular. Ellos la proclaman ahora para reducirla a la participación electoral del pueblo, nosotros la propusimos desde nuestro nacimiento como el factor esencial de la modernización democrática para que el pueblo se organice y tenga influjo eficaz, concreto y permanente en el manejo del Estado y en el control de sus determinaciones.

Primero el diálogo interno: la reflexión

Para nosotros debe cumplirse un proceso realmente democrático si se quiere interpretar sinceramente al pueblo y no imponerle nombres o proyectos decididos por camarillas u oligarquías como ha sucedido casi siempre en Colombia. Ese proceso comenzó por el diálogo realizado dentro del propio Nuevo Liberalismo para escuchar todas las regiones, todos

los sectores sociales y generacionales. Durante el último año oímos a los colombianos que viven en el exterior, a los que pertenecen a los núcleos indígenas, a los campesinos, los trabajadores, los profesionales, los jóvenes, los microempresarios, los pequeños y medianos industriales, los educadores, los jubilados, las mujeres, los autoconstructores, los líderes comunitarios y cívicos. Recogimos la experiencia de cuatro años de trabajo en todos los rincones de Colombia, revisamos nuestros diagnósticos, aportamos nuevos temas sobre el Estado y la sociedad. Ese diálogo interno se hizo en torno de 310 ponencias y tuvo lugar en los grandes centros regionales del país. No culminó en Paipa y tampoco terminará en el congreso nacional que celebraremos dentro de dos semanas. Es el diálogo permanente entre nosotros mismos para identificar objetivos y circunstancias. Celebro que otros sectores políticos nos imiten, así sus criterios y propósitos sean diferentes. No importa. Los diez foros programáticos, de los cuales los periódicos apenas han hecho menciones fugaces y superficiales, han contribuido a cambiar la cultura política en el país, no sólo el comportamiento de los académicos, los científicos y los técnicos en los asuntos públicos que allá también han ido a escuchar y aprender sino la conducta de ciudadanos sencillos, comunes y corrientes.

De estas reflexiones ha surgido la plataforma política que discutirá el Congreso Nacional del Nuevo Liberalismo. Nunca hubo en Colombia una experiencia semejante, lo decimos sin presunciones arrogantes pero convencidos de la validez democrática de estos procedimientos.

De la reflexión al diálogo con los demás

Estas reflexiones nos han demostrado nuevamente que la Patria siempre estará por encima de los partidos y que todos tenemos el derecho y el deber de construirla gracias a las coincidencias y a veces también merced a los puntos de vista contradictorios que nos separan de otras fuerzas. Precisamente por eso es menester, en una segunda etapa, dialogar con

protagonistas y sectores diferentes del Nuevo Liberalismo. Hacerlo con todos los que acepten los principios fundamentales de la Constitución, reconozcan a la razón como el instrumento para manejar los conflictos sociales y tengan como objetivo fundamental la igualdad de los colombianos, el ascenso real de los sectores populares y la erradicación de la miseria.

El bipartidismo en Colombia se volvió una farsa. Ya no recoge espíritus definidos y todo se reduce a rótulos y denominaciones sin contenidos reales. Tampoco es cierto que el conservatismo que representa el doctor Alvaro Gómez Hurtado y el oficialismo liberal que proclamará al doctor Virgilio Barco Vargas sean "contendores naturales". La verdad es que cada día se parecen más y se distinguen menos en sus conceptos, su lenguaje, su mentalidad y hasta en su organización y en sus tesorerías.

Pensar que hoy se interpreta a Colombia a través del supuesto conflicto liberal-conservador es negarse a reconocer la realidad. Ignorar los últimos 27 años de historia, es convertirse en estatua de sal por mirar hacia el pasado y dejarse aprisionar por él. Si el partido liberal quiere tener futuro tiene que ver la realidad que está fuera de él y escuchar y respetar a los sectores independientes, comunicarse con ellos y merecer su apoyo.

La perspectiva de nuestra época es mucho más amplia de la que inspiró el último cuarto de siglo. Empecemos por señalar que es internacional y latinoamericana. En este hemisferio fracasaron las respuestas totalitarias de quienes les encomendaron a los militares tareas que no son las suyas y fracasaron también los populistas al crear expectativas demagógicas sin comprometerse a fondo con el desarrollo de la democracia. Ante los sucesivos fracasos del militarismo y el populismo, asistimos a una nueva época de la democracia en América Latina en medio de una compleja crisis económica y social. En ese contexto está Colombia que si bien no se dejó precipitar en modelos antidemocráticos, vaciló en desarrollar nuevas etapas de evolución de la democracia por culpa del burocratismo, el gamonalismo y el clientelismo. Se puede decir, entonces, que lo suprapartidista es indispensable, entre otras razones,

porque estamos en una hora supranacional. Lo que América Latina espera de nosotros, de los colombianos, no es la voz envejecida de las camarillas sino el mensaje vibrante de un espíritu colectivo renovado por valores esenciales como la libertad, la igualdad y la responsabilidad.

El diálogo que deseamos adelantar no se dirige a la construcción de coaliciones tradicionales. Proponemos una apelación directa de los liberales al pueblo con espíritu suprapartidista. No se trata de hacer un simple proyecto electoral como los que pueden justificarse para tareas menores como las sugeridas en 6 ó 7 departamentos por algunos oficialistas interesados en los comicios parlamentarios. Tampoco se trata de unir votos, pues no tenemos ni reconocemos electorados cautivos ni aceptaremos nada que vaya en contra de nuestras convicciones. Deseamos saber qué piensan las demás fuerzas presentes en la escena, otros partidos como los liberales independientes, los conservadores, Firmes, la Anapo, la Izquierda Democrática, la Unión Patriótica. Pero principalmente los grandes movimientos sociales que no aceptan afiliaciones pero desean influir en el proceso renovador. Desde hace varias semanas, en distintos recintos públicos, cada uno está presentando su propio programa. Así lo haremos nosotros el cuatro de agosto con absoluta libertad e independencia como serán libres y autónomas nuestras demás decisiones sobre las elecciones de marzo y mayo. Frente a los textos concretos se comprobará si las diversas fuerzas que por ahora coinciden en el escepticismo sobre lo que representan Barco y Gómez entendemos o no en términos afines el proceso de Colombia. Nosotros formulamos en Rionegro hace cuatro años un llamamiento abierto a todos los colombianos y ahora lo haremos de nuevo. No identificamos fuerzas autosuficientes en la escena política y creemos que está en curso una dinámica social que se frustraría en el espacio limitado de los partidos. Probablemente con algunos interlocutores no se llegue a ningún acuerdo porque las ideologías y los valores resulten distintos, pero el diálogo significa ampliar la cultura política, enriquecer el pluralismo democrático y propiciar la controversia civilizada. Todos estos procesos se están debatiendo en el Nuevo Liberalismo y serán examinados en el congreso de agosto.

Centro izquierda: libertad e igualdad

Nuestro horizonte es una propuesta política de centro izquierda, primero porque en el propio Nuevo Liberalismo conviven las dos tendencias y saben que es su armonización lo que nos da mayor capacidad de interpretación de la realidad colombiana. El centro aporta el equilibrio que inspira la Constitución Nacional, la izquierda contribuye con el compromiso irreversible de defender las justas reivindicaciones populares. El centro se fundamenta en la libertad y la izquierda en la igualdad, su alianza genera la responsabilidad del gobernante y de la comunidad como garantía de supervivencia de la democracia.

Nuestro mensaje es de estirpe liberal por los ideales, no por las maquinarias. Sabemos que tenemos la responsabilidad de salvar para la historia de Colombia la vigencia del espíritu liberal y no lo confundimos con la confederación de usufructuarios del oficialismo donde se cerraron las puertas a la autocrítica y al libre examen.

Esta semana leí en "Nueva Frontera" una frase de don Manuel Azaña. Dijo aquel demócrata en 1924: "La piedra de toque de la libertad es el respeto que se tenga a la conciencia de los disidentes". Disidentes fueron, son y serán todas las fuerzas renovadoras de la sociedad. Cuando las disidencias se vuelven mayorías los pueblos asimilan sus valores y reflexiones y gracias a ello continúa el progreso en el mundo. El doctor Virgilio Barco dijo que "es grave crear fantasías electorales con base en encuestas incapaces de medir la voluntad popular. Curiosamente en esos mismo días su organización política recibía los resultados de la encuesta contratada por el doctor Barco con Invamer-Gallup. Esas encuestas empiezan a demostrar que la disidencia —como nos califican ellos en forma despectiva— avanza hacia la victoria para convertirse en mayoría. No hemos contratado ninguna encuesta. Todas las han contratado el doctor Virgilio Barco y el doctor Alvaro Gómez Hurtado y todas hasta la del último fin de semana han resultado favorables a nosotros. No saben qué hacer con sus propias encuestas. Para utilizar el lenguaje

ciclístico tan grato ahora para todos los colombianos por los emocionantes triunfos de Herrera y Parra, podríamos decir que ya el Nuevo Liberalismo dejó atrás al pelotón de las fuerzas del bipartidismo tradicional. Escalamos sin pausa ni reposo las alturas del suprapartidismo bajo el impulso de grandes fuerzas nacionales, mientras tanto, el doctor Alvaro Gómez Hurtado se protege cada día menos con el equipo de un conservatismo resquebrajado y al doctor Virgilio Barco le tocó irse por todo a la rueda voluminosa y pesada del tur-

bayismo que le sirve en el terreno plano del clientelismo pero no le funciona en los premios de montaña de primera categoría. Es muy probable el retiro de uno de los dos o de ambos al pasar la meta volante de las elecciones parlamentarias. Los veo con dificultades para quedar bien librados en el control antidoping que verificará al final de la carretera la lealtad de los recursos utilizados en la competencia. Ya no soy el novato del año. Esta vez, compañeros, con ustedes y por Colombia, voy a ganar.

EN CONCRETO: la clave para construir con seguridad, es Diaco

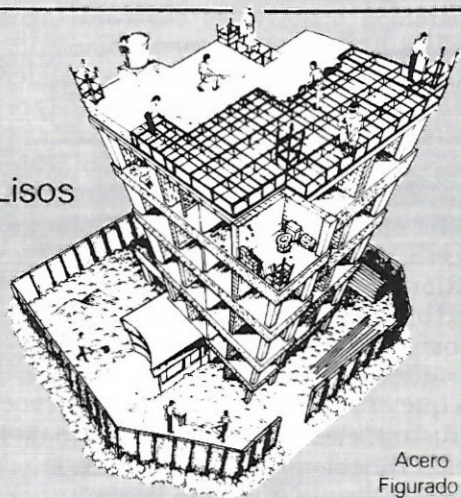
diaco s.a.

Líderes en el mercado del acero.

ACEROS: Redondos, Corrugados grado 60 Lisos

PERFILERIA: Platinas, Angulos Cuadrados
Canal "U" "T"

- BOGOTÁ: Cra. 13 No. 27-47 piso 6 A. A. 053023
Tels: 2859876- 2859786- 2859969- 2859709
2880688- 2881051- 2882254
- CALI: Calle 23 Norte No. 4-33 piso 2
- MEDELLÍN: A. A. 052489
- BARRANQUILLA: Calle 76 No. 47-40 Of. 205
- BUCARAMANGA: Cra. 37 No. 38-36
- MANIZALES: Cra. 23 No. 75A-101



Acero
Figurado

COVARIA
& ASOCIADOS

La paz y la unidad, objetivos prioritarios

Palabras del senador Luis Carlos Galán en la instalación del Congreso Nacional del Nuevo Liberalismo, agosto 2 de 1985.

El Primer Congreso del Nuevo Liberalismo que hoy inicia sus deliberaciones es el resultado de un prolongado proceso político que ha significado para nuestra organización un profundo progreso y que debe tener inmensas proyecciones en el futuro de Colombia. Si bien en el Nuevo Liberalismo hemos realizado durante los últimos cuatro años de labores, a escala nacional, numerosas reuniones y juntas para examinar la situación de Colombia y definir nuestras líneas de acción política, ésta es la primera ocasión en que nos encontramos delegados de todo el país elegidos por todos los niveles de la organización territorial. Hace un año, los compañeros del Nuevo Liberalismo del Atlántico dieron el primer paso en el proceso del congreso nacional con su asamblea, después de ellos todas las demás regiones de Colombia hicieron lo mismo para reorganizar sus directivas y elegir los delegados a este congreso. También fue Barranquilla, en febrero de 1985, la primera sede de los foros cumplidos a lo largo del último semestre en todas las regiones del país. Como resultado de los dos procesos, el de organización política y el de desarrollo ideológico, en los cuales han participado miles de miembros del Nuevo Liberalismo y de ciudadanos interesados en nuestras tesis, se reúne este congreso nacional que realizará una evaluación de lo que ha hecho nuestra fuerza política y definirá lo que debe hacer el Nuevo Liberalismo durante los próximos cuatro años.

Balance de seis años

La reflexión inicial es un balance. Han transcurrido seis años desde la inauguración —el 12 de septiembre de 1979— de la Casa Liberal en Bucaramanga, donde se formalizó el compromiso de crearle a Colombia una posibilidad auténtica de renovación democrática y de rescatar al liberalismo de la crisis en que se halla desde hace muchos años. Desde aquella fecha ya hemos afrontado con éxitos crecientes cuatro verificaciones electorales. El mensaje proclamado en Santander se convirtió en una opción nacional en 1980 por el apoyo de Bogotá, Cundinamarca y el Huila y se precisó en Antioquia, en 1981, cuando se hizo la proclamación de la candidatura presidencial en Rionegro. En estos años he visitado por lo menos nueve veces todos los departamentos y con la solidaridad y el trabajo de todos ustedes nuestras banderas fueron izadas en la inmensa mayoría de municipios del país. Hemos promovido un profundo debate sobre el funcionamiento del Estado, la vida de los partidos políticos y el destino de Colombia. Incorporamos al proceso político a centenares de miles de colombianos para que se consolide la legitimidad del sistema democrático y centenares de líderes han tenido oportunidad de iniciar una carrera de servicio público. Nuestras tesis han llegado a la conciencia colectiva de los colombianos y han suscitado reflexiones, polémicas y contradicciones en todos los sectores políticos. Influimos en el Congreso Nacional en decisiones cruciales sobre política económica, proceso de paz, servicios públicos, modernización de los medios de comunicación y en debates sobre los más diversos asuntos de interés público.

No voy a repetir hoy los balances que figuran en varios de los discursos pronunciados en las convocatorias de los últimos años, sólo quiero decirles que sin las actitudes del Nuevo Liberalismo, desde 1982, frente al problema del narcotráfico y, en forma especial, sin el testimonio heroico de Rodrigo Lara y Enrique Parejo, la Nación se hubiera precipitado en el abismo por culpa de uno de los más terribles flagelos del mundo moderno; decir, además, que sin la respetabilidad y equilibrio de quienes en nombre del Nuevo Liberalismo han ejercido la vigilancia y el control de la organización bancaria del país, Germán Botero de los Ríos y Germán Tabares, la crisis del sistema financiero de 1982 hubiera causado un cataclismo económico, con gravísimo perjuicio para todos los colombianos; agregar, finalmente, que sin el valor, la honestidad y la inteligencia de Nora Rey de Marulanda, la crisis cambiaria y de comercio exterior hubiera determinado la ruina del país o el más escandaloso manejo de las escasas divisas disponibles con grave daño para los sectores productivos y para los trabajadores. En las Gobernaciones de Sucre, Caldas, Cundinamarca y Córdoba donde han actuado compañeros nuestros han dejado una huella de honestidad administrativa, espíritu creador y mentalidad democrática para respetar los derechos de las distintas corrientes de opinión. Del mismo modo, en otros niveles territoriales los miembros del Nuevo Liberalismo han ejercido funciones públicas con eficacia y lealtad a los valores que le hemos propuesto a la Nación.

Hemos estudiado a Colombia con responsabilidad, con devoción y con tanto detalle como lo revela el proyecto de plataforma política que examinará este congreso. Adquirimos conciencia de la situación latinoamericana y hemos incorporado al debate político esa perspectiva sin la cual no entenderemos el destino de Colombia ni sus responsabilidades en el escenario internacional.

Cierro este balance inicial, con las mismas palabras pronunciadas el 30 de noviembre de 1982 cuando invitaba a los compañeros a reflexionar sobre la naturaleza de nuestra misión. Estas palabras de hace dos años y medio mantienen su validez, especialmente a la luz de los acontecimientos de esta nueva hora de

definiciones cruciales: escúchenme, por favor, compañeros: "No tenemos la vanidad de decir que estamos libres de problemas y riesgos. La resistencia al cambio es más profunda de lo que pueda imaginar un observador desprevenido de la política nacional. En el pasado próximo y remoto se frustraron otros esfuerzos de gentes que de buena fe intentaron abrir caminos y no faltan los escépticos que confunden al Nuevo Liberalismo con otros movimientos electorales que se agotaron al conseguir unas cuantas curules o unos pocos cargos burocráticos. También existen ilusos que se imaginaban posible el cambio total e inmediato de la sociedad merced a nuestra acción. El oportunismo y el inmediateismo son enemigos habituales de toda labor política transformadora. Además, algunos medios de comunicación son avaros y superficiales al describir nuestras labores y no faltan las tergiversaciones de quienes buscan prefabricar hechos políticos con titulares especulativos o imaginarios. Tenemos problemas de comunicación y nuestra organización requiere una nueva estructura y mayores recursos. Todos estos obstáculos y otros más difíciles son previsibles y se multiplicarán en el camino. Los ideales que nos guían no son fáciles ni cómodos: queremos renovar la mentalidad política de la Nación y buscamos generar cambios cualitativos en el manejo de los asuntos públicos para construir un país moderno. Tenemos, por tanto, objetivos que hieren intereses, rompen privilegios y exigen responsabilidades. Ningún derecho, ninguna libertad, ningún progreso humano ha dejado de pagar su precio en sacrificios, en renunciamentos y en sangre. Quien no lo entienda así no debe vincularse a la lucha renovadora en que nos hallamos. Esta misión requiere fe, lealtad, carácter, disciplina y sinceridad. Yo estoy seguro que tales cualidades abundan en vastos sectores del pueblo colombiano y por eso asumí la responsabilidad de dirigir el movimiento por el Nuevo Liberalismo".

¿Qué debemos hacer ahora?

¿Qué nos falta? ¿Qué debemos hacer ahora? Estas preguntas las responderá este congreso y para contribuir al examen de estos tres días deseo expresar algunas consideraciones

sobre el marco político general, las alternativas que se presentan a Colombia, el proyecto que proponemos, nuestras relaciones con el resto del liberalismo, nuestros mensajes a los independientes, las responsabilidades de este congreso y la evaluación de nuestros recursos y de nuestras fallas.

La preparación del Gobierno

Al terminar este Congreso tendremos una plataforma política muy seria y completa que superará ampliamente los diagnósticos de 1981. Todos sabemos que es el resultado del más extenso y auténtico proceso de expresión del pueblo colombiano, sin embargo, por serio y fecundo que haya sido este trabajo, ahora tendremos que perseverar en la preparación del futuro desempeño en el Gobierno y en las corporaciones públicas. Cada proposición de la plataforma debe traducirse en nuevas fórmulas constitucionales y legales según el caso, o en instrucciones todavía más precisas y detalladas para la orientación de las futuras acciones estatales de modo que en agosto del año próximo tengamos en nuestro poder los elementos esenciales de un verdadero plan de desarrollo económico y social, así como las garantías de la realización de nuestro proyecto político. Si esto debe ser así en el nivel nacional, con mayor razón en el ámbito de los departamentos y municipios necesitamos profundizar los conceptos y concretar los criterios de las futuras acciones gubernamentales. Más estudio, más observación, más reflexiones y más información, porque nunca termina este escrutinio de las realidades sociales y estas iniciativas y programas que provienen de opiniones democráticas deben convertirse en convicciones del pueblo, no sólo para confiarnos su representación sino para darnos apoyo en el momento en que asumamos responsabilidades de Gobierno.

La soberanía del pueblo

Las elecciones en Colombia son relativamente libres y competitivas, por lo tanto, todavía será necesario insistir en la búsqueda de plenas garantías para que en el próximo año no haya

sombra alguna sobre el derecho del pueblo a expresar su voluntad. Ni las acciones terroristas, ni los desplantes subversivos, ni las intimidaciones soterradas, ni la compra de votos, ni los privilegios informativos, ni el poder de las tesorerías pueden impedirle al pueblo colombiano que en estas decisiones trascendentales ejerza la plenitud de sus derechos soberanos. Confiamos en la recta intención del presidente Betancur de garantizar no sólo su imparcialidad sino la libertad de decisión de pueblo y esperamos que esa intención justa se traduzca en hechos a partir de lo que ordena la ley y gracias a una conducta eficaz e irreproachable de las autoridades.

Solidaridad y trabajo

No podemos estar satisfechos con nuestra organización política. Es desigual. En la mayoría de los departamentos se trabaja con abnegación y eficiencia, pero hay varias regiones donde nos hallamos estancados y no se ha asimilado la mentalidad creativa y laboriosa que se requiere para conseguir la victoria de nuestros ideales. Mis palabras no son de recriminación sino de reflexión. Algunos compañeros asumen actitudes un tanto triunfalistas y no trabajan en forma adecuada porque confían en el éxito automático del Nuevo Liberalismo. En el otro extremo no faltan los que sienten desaliento, desconfían del pueblo y se sienten abrumados por los poderes privilegiados de nuestros adversarios y piensan que todo se reduce a progresos dignos pero graduales.

También hemos tenido incomprensiones injustificadas hacia la tarea de algunos compañeros en el Gobierno. Surgen celos, susceptibilidades e impaciencias que ponen a prueba nuestra madurez. Casi todos los que se han retirado en las últimas semanas en Cundinamarca y dos o tres departamentos más, lo han hecho por frustraciones de sus apetitos personales y porque nunca entendieron que nuestro compromiso es sincero y en serio, de modo que a la hora de ser leales a una nueva manera de hacer política los sedujo el primer halago publicitario del establecimiento privilegiado o les sirvió el primer pretexto para abandonar la

causa. Estas conductas son equivocadas y peligrosas. Tenemos una clara posibilidad de victoria, pero tenemos que merecernos esa victoria y lograrla en forma armónica y, simultáneamente en todo el país. Estos años de lucha empiezan a dejarnos experiencias. Debemos aprender que toda fuerza política democrática y liberal en sus principios y en su comportamiento está expuesta a sufrir periódicas contradicciones internas. No nos atemorizamos si hay desacuerdos, lo importante es afrontarlos con recta intención y sin presumir mala fe en el antagonista. Las contradicciones enriquecen si son honestas y si se tiene la madurez de superarlas dentro de procesos limitados en el tiempo. Nuestra solidaridad interna es definitiva, porque sólo así le transmitiremos confianza a la opinión o de lo contrario correremos el peligro de gastar la mayor parte de nuestras energías en procesos de ajuste y consolidación de nuestras propias filas, cuando nos esperan todos los sectores marginados y escépticos de la Nación que van a definir en los próximos diez meses si merecemos su credibilidad según lo que demostremos con la coherencia y eficacia de nuestro comportamiento.

Como lo explicaré en este discurso, nuestra responsabilidad es muy especial. El proceso social y político nos ha convertido en opción única de cambio en el corto plazo. Marcar distancias con las viejas y envilecidas maquinarias es indispensable, como lo es también con quienes en vez de buscar soluciones por medio del diálogo y la razón sólo creen en la violencia o en las fórmulas totalitarias. De uno y otro lado sufriremos ataques y tergiversaciones. Es inevitable que así sea. Lo importante es que el conflicto no se vuelva interno por el egoísmo de las aspiraciones políticas o la mala fe de utilizar al Nuevo Liberalismo sin creer sinceramente en sus postulados ni en la seriedad de nuestro compromiso con la Nación.

Desarrollar la democracia

Para poder examinar las opciones que se le ofrecen al pueblo colombiano, es necesario señalar cuáles son los principales problemas

que vive Colombia. Lo primero es acabar la violencia superando sus causas políticas. Esto significa buscar una salida al esquema político con el cual han querido prolongar indefinidamente el Frente Nacional como si el acceso a las decisiones del Estado fuese un privilegio de determinados sectores políticos. La tarea es desarrollar la democracia, porque no se pueden armonizar las relaciones entre el Estado y la sociedad si no se logra un consenso nacional sobre los valores y las instituciones de la democracia.

Colombia no ha logrado su verdadera unidad. Siete generaciones han trabajado desde la independencia para construir la nacionalidad y las instituciones que la expresen y la garanticen con resultados aún incompletos. Empieza el influjo de la octava generación y, por lo menos, se puede afirmar que alcanzan a convivir tres en el proceso actual. Existe un pasado que nos une, aun cuando no hay verdadera conciencia sobre ello. Al propio tiempo todos tenemos la responsabilidad de proteger los derechos de nuestros descendientes. Ese pasado encierra una herencia para fortalecer, no para dilapidar. El futuro está lleno de oportunidades, retos e incógnitas, pero esa es nuestra vida y lo que más le da significado al porvenir es pensar que depende de nosotros, podemos influir en él, cambiarlo o determinarlo por nuestras acciones.

La Patria está en peligro. Todos lo sabemos. Veamos qué le proponemos: las distintas vertientes que apoyamos la Constitución y cuál es nuestro proyecto. Empecemos por las alternativas que no compartimos.

La hegemonía bipartidista

La primera hipótesis es depositar en el partido liberal o en el partido conservador el destino de la Nación. La verdad es que ambos partidos están en graves crisis y no se hallan en condición de proponer un camino diferente de los conocidos, los cuales han determinado tantas frustraciones. En Colombia hubo bipartidismo, hoy no lo hay. El bipartidismo

no es bueno ni malo por sí mismo. Como toda fórmula política, su validez depende de las circunstancias concretas de una Nación, las cuales necesariamente evolucionan. Es equivocado creer que el bipartidismo es la única versión posible de la democracia. Pero sobre todo no hay nada más peligroso que un falso bipartidismo, es decir, lo que ha sucedido en Colombia por la decadencia de los partidos y el surgimiento de un sistema de hegemonía bipartidista debido a coaliciones obligatorias, como las que hubo en el Frente Nacional, o por coaliciones subsidiarias a través de las confusas interpretaciones del parágrafo del artículo 120. Si bien he sostenido que el bipartidismo se convirtió en un curioso sistema de partido único, no fui el primero en decirlo. El más autorizado en señalar la trascendencia de este problema fue el doctor Alberto Lleras Camargo en el último discurso pronunciado en noviembre de 1981, cuando hizo paralelos con el propio modelo mexicano. Alberto Lleras Camargo construyó el Frente Nacional y ese fue su aporte estelar a la transformación política del país, pero no lo hizo con el ánimo de acabar con el bipartidismo. Su fórmula para una etapa de la vida nacional fue acertada, él fue uno de los primeros en señalar que de ella no podía depender indefinidamente la Nación.

El problema es que allí se quedaron los partidos y algo peor, pasaron de la hegemonía partidista anterior al Frente Nacional a la ya citada hegemonía bipartidista indefinida que, como toda hegemonía genera un espíritu antidemocrático, arrogante y casi que autoritario. Por eso es tan de los liberales como de los conservadores el clientelismo; por eso en los dos partidos existe una concepción dinástica de la política y se generalizaron los delfines presidenciales; por eso los partidos tradicionales ganan aun cuando pierdan la Presidencia, como le ha sucedido al oficialismo a partir de 1982 que se siente derrotado a pesar de los cinco ministros, los nueve gobernadores y casi un centenar de directores o gerentes de establecimientos públicos nacionales. Si hay divisiones entre los conservadores y los liberales ellas no obedecen a razones ideológicas sino a pugnas sobre el control de los feudos burocráticos. Eso no fue el bipartidismo en las generaciones anteriores, eso no es el bipartidismo. Todos los méritos que se proclaman sobre el

papel de los partidos valen, sin duda, para otras épocas de la vida nacional. Es cierto, fueron fundamentales pero su papel actual es distinto. Ya no son suficientes y expresan más el pasado que el futuro. Son edificios que amenazan derrumbarse y están ocupados por personas que se niegan a propiciar su reconstrucción.

En el caso liberal carece de toda lógica decir que es preciso ser realistas y contemporizar con los conceptos del Estado y la sociedad que prevalecen entre los dirigentes del oficialismo, pues al fin y al cabo son los dueños de los votos. Así no se organiza un partido moderno. Ese es un camino adecuado para que un candidato sin votos cuente con una maquinaria envilecida y a su turno, una maquinaria envilecida cuente con un candidato, pero jamás puede ser una alternativa para renovar la democracia y muchísimo menos al liberalismo. Dicen algunos que lo importante es conseguir que el liberalismo vuelva a la dirección del Estado. En esas condiciones no sería el retorno del liberalismo lo que se lograría sino el de una confederación de líderes burocráticos regionales, que pueden tener algunos votos merced a las maquinarias, pero carecen de la capacidad de representar a la Nación y no les interesa interpretarla y servirla. Se produciría una nueva frustración y el partido liberal perdería toda posibilidad de reorganizarse e inclusive quedaría gravemente amenazada su propia supervivencia como lo enseñan las experiencias de los demás partidos liberales de América Latina.

En el caso conservador el proyecto es totalmente artificial. Con algunos matices, como existen también en el oficialismo, el conjunto de los conservadores actúa con conceptos del Estado y la sociedad fundamentalmente clientelistas. Unos y otros no han entendido la misión del Estado moderno y unos y otros lo utilizan para proyectos electorales no para verdaderos propósitos de transformación social. Conscientes de la estrategia que condujo al doctor Betancur a la Presidencia, la cual consistió en disimular el fundamento conservador de su propuesta política y darle una fisonomía multipartidista, pretenden intentar la duplicación de la fórmula con uno de los más caracterizados jefes conservadores, lo cual

le resta toda credibilidad al proyecto. Válida en el papel como estrategia electoral, mas no política, el carácter artificioso de la propuesta convertirá al partido conservador en la tercera fuerza de la política nacional como ya empiezan a señalarlo las encuestas.

Digamos a manera de síntesis, que cada cuatro años se realiza una comedia electoral. Cada partido hace sus convenciones y promete una alternativa. Al final todo quedaría igual en las hipótesis que tanto el partido liberal como el conservador están preparando. No hay participación verdadera por fuera de los partidos. Uno y otro están encerrados en las maquinarias y dependen de ellas. Esto no le interesa mayor cosa al electorado tradicional, pero poco a poco ha generado una gigantesca marginalidad política hasta el punto que casi diez millones de ciudadanos no intervienen en la escogencia del Congreso Nacional y esto afecta la legitimidad de la representación popular en forma alarmante para quien se guíe por valores democráticos.

El multipartidismo

La segunda posibilidad es la del multipartidismo agrupado en una coalición de tipo tradicional. Como lo expliqué en el Hotel Tequendama, esa clase de coaliciones no es la opción nuestra, pero conviene explicarla para superar algunas confusiones que de buena o mala fe se han presentado en las últimas semanas. En la hipótesis multipartidista lo que se busca es pactar coaliciones de tipo electoral o tradicional con elementos programáticos muy generales. Para ello fuerzas heterogéneas elaboran un programa común con el aporte de cada uno de los sectores involucrados y transacciones recíprocas, constituyen directivas comunes y fracciones de los antiguos partidos y nuevos partidos se agrupan en una coalición defensiva frente a la hegemonía bipartidista. Se trata de un proyecto útil para la democracia, pero no lo considero adecuado para la realización de todos los valores que inspiran al Nuevo Liberalismo. Es útil porque fomenta el pluralismo y expresa esa controversia civiliza-

da. Es útil, también, porque puede facilitar el ingreso a la lucha dentro de las instituciones, a las fuerzas políticas que se habían sublevado y que ahora pueden alcanzar representación de las corporaciones públicas e influjo en el Estado por voluntad del pueblo y no merced a la presión de las armas tal como lo propuso el Nuevo Liberalismo desde sus primeros días. El Nuevo Liberalismo no puede participar en un proyecto de esta índole porque comprometería nuestra libertad e independencia en el programa político que hemos elaborado dentro del proceso democrático que todos conocemos y porque no queremos planteamientos defensivos con todo tipo de aliados, sino opciones creativas con fuerzas que tengan un común denominador. Esto no significa que no podamos dialogar, como queremos hacerlo con todos los sectores que nos lo han propuesto, en la búsqueda de los más completos elementos de juicio acerca de la situación nacional y con el ánimo tanto de dar a conocer nuestros puntos de vista como de examinar las experiencias de iniciativas de los demás. El diálogo es un elemento indispensable del espíritu liberal y el diálogo tiene sentido no sólo con quien pueda estar de acuerdo con uno, sino con quien tiene opiniones distintas y sobre todo quien pueda tenerlas completamente contradictorias. La democracia es diálogo y no se puede ser auténticamente liberal y democrata si se cierran las puertas al diálogo. En realidad, como señalaba en reciente junta de parlamentarios, el doctor Iván Marulanda, la violencia es hija del espíritu totalitario del establecimiento político nacional. El diálogo no significa identificación, es simplemente aceptar la existencia del otro o de los otros que tienen derecho a la misma Patria, así pensemos diferente sobre la manera de entenderla, transformarla y organizarla. Si del diálogo surge la voluntad de respaldarnos sin contraprestaciones distintas de la fidelidad a nuestro propio programa entonces aparece el suprapartidismo.

El suprapartidismo

Llegamos a nuestra opción, la que proviene de estos años de reflexión con los compañeros del Nuevo Liberalismo y las más diversas fuerzas sociales y regionales. La propuesta ha sido

planteada varias veces, desde nuestro propio nacimiento como proyecto político, tal como puede apreciarlo cualquiera que examine los discursos pronunciados desde 1979. En el Hotel Tequendama la resumí hace dos semanas en los siguientes términos: proponemos una apelación directa de los liberales al pueblo con espíritu suprapartidista. Es una apelación directa al pueblo porque pensamos que la soberanía pertenece al pueblo cuando se expresa en forma directa y en su conjunto como deberá hacerlo en 1986. Los intereses que nos guían son los de la Nación y no los de los partidos si bien nos inspiramos en ideales liberales. No estamos contra los partidos cuyo origen y trayectoria histórica reconocemos, pero no creemos que en estas horas cruciales los partidos en las condiciones en que se hallan pueden asegurarle al pueblo que el Estado sea el instrumento de la unidad de los colombianos si los partidos son el único canal de expresión de la voluntad popular. Las fuerzas que apoyan al doctor Barco apelan a los liberales oficialistas para definir su proyecto político y las del doctor Gómez a los conservadores. Nosotros apelamos directamente al pueblo. Para nosotros está primero la unidad de Colombia que la unidad de los partidos. Colombia se halla afectada por la existencia de grupos subversivos que desconocen las instituciones y quieren imponer su voluntad por medio de la fuerza. Colombia está dividida entre quienes aceptan la democracia representativa y quienes la rechazan o la desconocen o no participan en el funcionamiento y en sus vivencias. Más de la mitad de los colombianos no vota y entre quienes votan, cerca de la tercera parte se declara independiente de los partidos, en esa forma ni siquiera el partido liberal con su mayoría electoral sobre el conservatismo puede declararse un auténtico delegado del conjunto de la Nación en condiciones verdaderas para decidir y actuar en su nombre. Los partidos expresan opiniones, pero están interferidos por intereses sectoriales y condiciones locales. Son un instrumento necesario de la democracia pero a la vez son insuficientes.

Las maquinarias de los partidos han suplantado al pueblo y se han atribuido el monopolio del proceso político. El resultado es una Nación marginada del proceso de formación

de la voluntad colectiva por un inmenso escepticismo frente a estas maquinarias y con creciente incredulidad frente a la propia política. Las nuevas generaciones en su conjunto se hallan casi totalmente separadas de la política. En las generaciones mayores cunden el desencanto y la perplejidad porque se ha degradado el Estado y hemos vivido durante varias décadas con fuerzas armadas fuera de las tropas regulares o enfrentadas a ellas sin hallar las fórmulas políticas para superar esta situación.

El problema de Colombia no es preservar las maquinarias de los partidos sino crear alternativas y nuestra responsabilidad es precisamente la de defender una, verdaderamente distinta, que se inspira en ideales democráticos y liberales pero no acepta el encierro en máquinas partidistas ni las reconoce como la expresión de lo que fueron esos partidos. Es necesario que el pueblo se eleve por encima de sí mismo para salvar a Colombia. Es indispensable la renovación del proceso político y no encasillarnos en la defensa del bipartidismo cuando se ha producido, como cualquiera lo puede verificar, una deformación tan profunda del carácter, los valores y las responsabilidades de los propios partidos.

El suprapartidismo, según enseña la historia colombiana, es de estirpe liberal como valor humano y como expresión del espíritu político más abierto y menos dogmático. Olaya llegó a la dirección del Estado con un proyecto político suprapartidista. Benjamín Herrera sintetizó el concepto en la frase histórica tantas veces repetida sobre la patria y los partidos. El propio Frente Nacional se inspiró en valores superiores a los de los partidos para iniciar una nueva época, así sus instrumentos jurídicos y la aplicación de las fórmulas hubiese conducido a la nueva hegemonía que tantas veces se ha denunciado. Se habla mucho del papel histórico de los partidos pero no existe en sus organizaciones el más ínfimo proyecto para divulgar entre las masas esa historia que se volvió paradójicamente un argumento para impedir el avance, la exploración, la creatividad, la búsqueda de unas posibilidades de transformación y desarrollo de la democracia.

Se dice que desde Núñez nadie ha podido vencer las trincheras privilegiadas de las maquinarias partidistas. El argumento se vuelve contra quien lo propone. Precisamente porque van cien años, ya es hora de una nueva expresión colectiva que trascienda los rígidos esquemas tradicionales y le devuelva a los partidos su identidad, su compromiso con la Nación y no con los intereses de quienes controlan sus centros de poder.

El Nuevo Liberalismo nació en medio de la profunda crisis de la sociedad, del Estado y de los partidos que ha vivido Colombia en el último decenio. Nuestra tarea no sólo está vigente sino que cada día la requiere más Colombia: una a la Nación en torno de valores democráticos. Unión por la Nueva Colombia. Somos un Nuevo Liberalismo por una Colombia nueva. Buscamos que el espíritu liberal y el partido liberal mantengan su vigencia pero en un nivel superior de desarrollo de la democracia. El espíritu liberal siempre existirá porque es un valor superior de la humanidad, el que puede desaparecer es el partido liberal si no se decide a buscar en serio y a fondo nuevos horizontes.

América Latina

Lograr un cambio cualitativo en la democracia colombiana es no sólo una tarea decisiva para que sobreviva la libertad en nuestro país sino una responsabilidad con América Latina en donde ya se nos identifica como una fuerza renovadora y creativa. Después de terribles episodios de totalitarismo, de nuevo América Latina despierta hacia la libertad y la democracia en medio de la peor crisis económica de varias generaciones. Lo que buscan en Argentina, Uruguay, Perú, Bolivia, Brasil y Ecuador no es simplemente el viejo esquema de la democracia restringida que se derrumbó hace varias décadas por problemas de corrupción y privilegios. Allá trabajan, por una nueva etapa democrática que supone partidos transformados y una cultura política construida conscientemente. Por eso el Nuevo Liberalismo se ha negado a considerar las afiliaciones internacionales de origen europeo, porque si

bien son respetables e interesantes, en el caso de América Latina, pueden resultar contraproducentes y disgregar fuerzas que deben apoyarse por encima de partidismo y fronteras. En América Latina lo importante no es afiliarse a la internacional socialista, o a la internacional liberal o a la conservadora, sino promover un instrumento de solidaridad democrática entre los latinoamericanos frente a los totalitarismos de derecha o de izquierda. Está bien mantener un diálogo amplio y constructivo con todas esas organizaciones internacionales pero no tiene sentido convertirse en prolongación de factores políticos e intereses que no corresponden a la prioridad de la solidaridad democrática entre los latinoamericanos.

La cultura para la democracia

La democracia es el fruto de una civilización política. La cultura de un pueblo se aprecia también en la manera como se expresen en él los derechos y deberes sociales, la capacidad analítica y crítica de sus habitantes, el clima de deliberación entre los distintos sectores políticos, la educación política y el conocimiento de las instituciones. Si no existe una conciencia colectiva sobre la libertad, la igualdad y la responsabilidad que son los valores de la democracia, el sistema es ficticio e inestable. Partidos que no atienden estos temas en forma constante y deliberada no son verdaderos partidos democráticos. Ningún líder puede hacer nada distinto de lo que exista o pueda existir en la conciencia colectiva que él interpreta. Por eso siempre hemos creído y lo proclamamos ahora, que los cambios verdaderos son las transformaciones espirituales en las sociedades. Son las más difíciles pero las profundas e irreversibles. De poco le sirve al país cambiar las tasas de crecimiento económico si no modificamos la mentalidad y los hábitos colectivos en función de una organización social superior.

Estoy consciente que al Nuevo Liberalismo lo han apoyado miles de ciudadanos independientes, que no aceptan afiliaciones formales pero se identifican con nuestras tesis y actuaciones. Sé que muchos ciudadanos empezaron

a participar en procesos electorales para respaldarnos. También sé que conservadores y personas que han militado en sectores de izquierda democrática se han sumado a nuestra causa y espero que muchos otros nos apoyen en búsqueda de fórmulas políticas que integren a la Nación, sin embargo, considero oportuno hacer algunas precisiones sobre la situación y el futuro del liberalismo colombiano.

La impotencia liberal

La peor situación que puede vivir una fuerza política es la de convertirse en una mayoría impotente. Eso es lo que ha sucedido al partido liberal desde hace cerca de cuarenta años. La espantosa violencia de mediados de siglo y las instituciones provisionales del Frente Nacional le determinaron límites diversos pero insuperables para interpretar plenamente las aspiraciones populares. Primero fueron algo así como veinticinco años de impotencia parcial. En los últimos doce años, la impotencia ha sido creciente hasta volverse total cuando, a pesar de tener en sus manos cinco ministros, no se siente responsable de los asuntos públicos. Las generaciones mayores de cuarenta años recordamos los momentos estelares del partido liberal y sabemos lo que significaron en Colombia las acciones de los grandes protagonistas de los gobiernos que tuvo Colombia entre 1930 y 1946, también admiramos la gestión de quienes condujeron al liberalismo durante el Frente Nacional. Ese testimonio histórico influye en nosotros y lo proclamamos como un patrimonio de la democracia. Sin embargo, quienes como ciudadanos no tienen otra imagen del partido liberal que los hechos de los últimos doce años, es decir, la generación menor de 33 años, es natural que sus miembros identifiquen al partido liberal con actuaciones, hechos y criterios que no se distinguen en nada de los que puede ejercer el partido conservador. Por eso la inmensa mayoría de los ciudadanos que sufragaron a partir de 1974 no son ni liberales, ni conservadores, se declaran independientes en la medida en que no creen en los partidos ni encuentran motivos para respaldar otras alternativas. Muchos de ellos han confiado en nosotros y no los vamos a defraudar. Ya los electorados no

son cautivos en sectores muy importantes de la opinión. Es preciso merecerlos y reconquistar su confianza periódicamente. La clave está en interpretar la sociedad y no en usufructuar una mayoría inerte o la nostalgia de generaciones que esperan el retorno de los días gloriosos. El liberalismo fue el guía político de los centros urbanos. La verdad es que desde hace varios lustros el fenómeno urbano lo desbordó y sus actuales fuerzas dependen más de zonas rurales o centros urbanos secundarios que de las grandes ciudades donde casi todo está por hacer, lo cual tiende a encerrar conceptualmente al liberalismo en una perspectiva retrasada del proceso social y económico.

Hoy el partido liberal no es ni siquiera un partido sino una confederación de organizaciones electorales. Si las masas liberales no comprenden que el mensaje del Nuevo Liberalismo es la esperanza concreta del futuro para el Partido Liberal Colombiano, es cuestión de pocos años que el partido se desintegre. La casa del partido liberal amenaza ruina y tiene grietas profundas. Nada se resuelve pintando las paredes y disimulando los problemas porque el menor estremecimiento social puede poner en evidencia todas sus debilidades. El partido está dominado por dirigentes que no tienen conciencia de sus responsabilidades nacionales y mientras la sociedad colombiana real avanza aceleradamente la sociedad política permanece prisionera de conceptos, intereses y lenguajes de otras épocas. Nada sería más fácil que llegar a transacciones y acuerdos, si todo se redujese a buscar cuotas de poder o a cultivar expectativas personales como ha sucedido en otras épocas, pero nada sería más indigno. La victoria que buscamos sólo puede ser digna y honrada o si no, no es victoria. Porque no se trata de ganar las elecciones sino de transformar la sociedad. Así lo he dicho siempre porque pienso que de otro modo carece de sentido la política. Es cierto que este es el camino más difícil, pero no existe otro. Todo lo demás: inclinar las banderas y volver atrás, es traicionar al pueblo, pero sobre todo traicionarnos a nosotros mismos. Veo que algunos se van porque siempre pensaron que el compromiso de renovar no era en serio y que se presentaría el pretexto para abandonar la causa. Es mejor que esto se esclarezca de una vez por todas y que se depuren los cuadros del

Nuevo Liberalismo. Veo que otros compañeros plantean preocupaciones y reservas respetables en esta etapa de definiciones, debemos escucharlos con toda consideración y reflexión porque sus intenciones son rectas y su conciencia es limpia. Puede haber diferencias en las estrategias pero no hay discrepancias en los objetivos, en los ideales, ni puede haberlos en las responsabilidades.

Estamos conscientes que en el resto del liberalismo hay realidades heterogéneas. Algunos se declaran pragmáticos y prefieren con-temporizar con factores, métodos y protagonistas que no son democráticos ni liberales. Eso lo llaman realismo político. La historia ha demostrado que el olvido de la ética política es el preámbulo de la arbitrariedad, el despotismo y la aventura demagógica. Es mentira decir que el partido liberal se ha reorganizado y tampoco es sincero crearle al pueblo la esperanza del cambio con un partido que se resiste a renovar su ideología, sus programas, su organización y su comportamiento.

A este congreso le corresponde en su agenda, prevista desde su propia convocatoria, examinar las relaciones con el Gobierno en el que actúa un compañero nuestro como Ministro de Justicia, así como otros miembros del Nuevo Liberalismo en responsabilidades del máximo interés nacional como la vigilancia del sistema bancario y la dirección del comercio exterior en la peor crisis económica internacional de muchos años.

Con el ánimo de contribuir a la gobernabilidad de la Nación le dimos apoyo externo a este gobierno en las Cámaras, de tal manera que gracias a nuestros votos se aprobó la amnistía de 1982 y fue transformada y aprobada la legislación original de la emergencia económica de 1983. Oramos así por responsabilidad con el país y sin condicionar nuestro voto a ningún tipo de contraprestación, pues al fin y al cabo, por nuestra propia decisión, declinamos la invitación del Presidente de ingresar al Gobierno en el primer año.

El presidente Betancur insistió en su invitación un año después y al hacerlo nos propuso

obrar con absoluta independencia crítica. Así lo hemos hecho, lo que no significa actuar sin responsabilidad. El gobierno democrático sin responsabilidad ante el pueblo no es democrático. Cabe hablar de grados de responsabilidad según el acceso a la información y el influjo que se tenga en las decisiones del Gobierno que, según la Constitución, conforman el Presidente y el Ministro o los Ministros competentes de acuerdo con la materia, pero, en todo caso, existe responsabilidad. Asumimos con orgullo la responsabilidad de nuestros compañeros en las tareas que han cumplido en los cargos citados. Gracias a su gestión se ha dado un testimonio de capacidad y de honestidad que refleja el espíritu del Nuevo Liberalismo. Esto contrasta con la irresponsabilidad del oficialismo que casi tiene igual representación al partido conservador en decisiones fundamentales del Gobierno, la educación, la política de minas y energía, el desarrollo económico y el trabajo y la seguridad social pero, en una actitud antidemocrática, se atreve a decir que conforman el Gobierno pero no responden de nada ante el pueblo.

En virtud de nuestra independencia crítica, respetada y solicitada por el propio jefe del Estado, hemos hecho debates fundamentales en el Congreso y en múltiples escenarios públicos sobre política económica, política exterior, política energética y política social y los promoveremos sobre estos y otros temas. La relación del Nuevo Liberalismo con el Gobierno en lo nacional, no es la misma en los departamentos, en la mayoría de los cuales prácticamente el Nuevo Liberalismo no tiene ninguna presencia en la administración. Es necesario entonces el examen completo de la gestión de un gobierno minoritario en el Congreso Nacional que ha ensayado nuevas políticas en áreas fundamentales con resultados contradictorios y con un cuadro general de improvisación. Un gobierno que no hizo inventario exacto de la herencia que recibió, en parte porque el presidente Betancur no podía desconocer la corresponsabilidad del conservatismo en el manejo del país en los gobiernos anteriores y en parte porque la condición minoritaria en las Cámaras le limitaba la posibilidad de hacer el juicio de residencia que el país necesitaba del gobierno anterior.

Nuestra presencia en el Gobierno nos da acceso a información sobre algunos de los principales problemas del Estado. Ha sido una experiencia necesaria a pesar de lo traumática pero nos permite presentar un balance muy constructivo para la Nación en las áreas donde hemos actuado. Pienso que a pesar de la complejidad de la situación, el pueblo entiende nuestra posición y comprende que no hemos acudido a recursos fáciles y cómodos de proselitismo político porque hemos tenido en cuenta siempre superiores intereses nacionales.

Compañeros del nuevo Liberalismo: vamos a deliberar intensamente en estos días decisivos. De este congreso saldrá fortalecido el Nuevo Liberalismo y definidos sus nuevos e

inmediatos frentes de trabajo. Hace cerca de seis años, compañeros, con un puñado de jóvenes levanté la bandera y en medio de incertidumbres con Rodrigo Lara y Enrique Pardo Parra afrontamos la responsabilidad de presentarla a toda la Nación como alternativa a la encrucijada colectiva. Hoy presento ante ustedes esa bandera limpia, digna y honrada. No han podido y no podrán abatirla nuestros adversarios. La entrego a ese Primer Congreso Nacional del Nuevo Liberalismo que definirá en estos tres días nuestras responsabilidades ante el pueblo colombiano, nuestros criterios sobre el futuro del Estado y nuestra interpretación del destino de Colombia. Siempre adelante, ni un paso atrás y lo que fuere menester, sea.

Nuevo Liberalismo

Departamento de Publicidad
Tels.: 269-03-80 - 2585323

Solicite hoy mismo la visita de uno de nuestros agentes.

En los DOCUMENTOS NUEVO LIBERALISMO encuentra, los más importantes temas de carácter económico, político, social, cultural, etc., dirigidos a profesionales, ejecutivos y a toda persona con inquietudes intelectuales.

BENEFICIESE UTILIZANDO SU INGENIO PUBLICITARIO Y CONTRIBUYA A FORTALECER NUESTRO PROGRAMA DE DOCUMENTOS

1 SUSCRIPCION (12 Documentos) \$ 6.500.00

Libertad, justicia y responsabilidad

Luis Carlos Galán: Discurso de aceptación de la candidatura presidencial, Plaza de Bolívar, agosto 9 de 1985.

Colombianos: al llegar a esta Plaza de Bolívar, el corazón de la democracia colombiana, quiero saludar a todos mis compatriotas: saludo a San Andrés y Providencia, a la Guajira, al Magdalena, al Atlántico, a Bolívar, a Sucre, a Córdoba, al Cesar, al Norte de Santander, a Santander, a Boyacá, a Arauca, Casanare, el Meta, Cundinamarca, Bogotá, Antioquia, Chocó, Caldas, Quindío, Risaralda, el Tolima, el Huila, el Valle del Cauca, el Cauca, Nariño, Putumayo, Amazonas, Vaupés, Guainía, Vichada, Guaviare. A todos los rincones de mi patria les dirijo este saludo inicial.

Y los saludo a todos sin excepción: a los liberales de Colombia; a los conservadores; a los independientes; a los que apoyan las opciones de izquierda democrática. A todos sin excepción alguna les dirijo mi saludo en un momento fundamental para la República.

En dos ocasiones nos hemos reunido en esta misma plaza: hace tres años lo hicimos porque estábamos convencidos de la necesidad de asumir responsabilidades definitivas en el proceso de cambio de la República. Mirábamos que la Nación avanzaba hacia el abismo, que sus dirigentes dedicados en su mayor parte al usufructo del poder, no entendían la naturale-

za de la crisis colectiva, no le daban una respuesta responsable y creadora a una Nación que evolucionaba y exigía una nueva interpretación de sus realidades y de su destino.

En esta misma plaza me comprometí con banderas de cambio, con banderas de renovación, con banderas de democracia, de libertad, de igualdad y de justicia para con mis compatriotas. Hoy regreso a esta plaza, vengo con esas mismas banderas en alto. Las presento limpias ante mi pueblo.

Las presento irreprochables después de haber afrontado duras jornadas, múltiples retos, dificultades y desafíos. Hemos cumplido una primera etapa en virtud de la cual logramos que muchos compatriotas se vincularan al escrutinio de la realidad social y entraran a participar, dejando de ser espectadores impotentes e impasibles del destino nacional.

Horas decisivas

Gentes que en el pasado acompañaron banderas liberales, banderas democráticas, se sumaron a nuestra causa, pero lo hicieron también ciudadanos que durante prolongados períodos habían permanecido al margen del proceso de decisiones y se habían refugiado en el escepticismo y la impotencia de los abstencionistas que se comportan en Colombia como si fuesen extranjeros en su propia patria.

Nos dieron su confianza. Nos dieron su respaldo. Y adquirimos desde entonces el compromiso de defenderles la fe y la esperanza que los movía a intervenir en el gran proceso de la historia colombiana. Ahora vemos que comienzan horas decisivas para Colombia. Pero no sólo para Colombia. Decisivas también para América Latina. Son decisivas para Colombia porque durante los últimos tres años hemos buscado los colombianos que termine la violencia, que termine el baño de sangre prolongado y dramático que ha dividido a nuestros compatriotas. Hemos promulgado en este recinto decisiones fundamentales en búsqueda de la reconciliación de nuestros compatriotas: una amnistía dirigida a permitir que quienes se hayan enfrentado por medio de las armas pudieran deponerlas y pudieran avanzar hacia escenarios democráticos para luchar por sus ideales dentro de la Constitución y de las leyes.

Esos compatriotas avanzan poco a poco hacia un proceso de integración con las instituciones de Colombia. Pero el proceso aún no ha culminado y hay graves interrogantes sobre el éxito del mismo. Vivimos horas decisivas porque hay fuerzas prepotentes que se resisten a escuchar el clamor de justicia del pueblo colombiano, que confunden todo reclamo con la subversión y que no se aproximan con respeto hacia una sociedad que busca una organización superior inspirada en verdaderos valores de libertad y de justicia.

Vivimos horas decisivas porque las castas políticas que durante muchos años han dirigido la República se preparan para defender sus fortines, para resistirse a una manifestación de cambio que surge del corazón de los colombianos y que será incontenible en el proceso de los próximos meses.

Vivimos horas decisivas porque la economía colombiana, durante los últimos años ha sido golpeada por una de las más profundas crisis, que significó el desempleo absoluto de más de un millón de colombianos y el subempleo o desempleo relativo de otros dos millones y medio por lo menos. La mitad de nuestros compatriotas no tiene hoy ni siquiera el salario mínimo para sostener a su familia. La

mitad de los colombianos no está participando en los procesos políticos. Se siente marginada del Estado y de la organización colectiva. Y en los sectores sociales diez millones de jóvenes que han surgido a lo largo de los últimos 25 ó 30 años miran con preocupación y angustia su destino porque no tienen ni en la organización social, ni en la organización económica, ni en la organización política la oportunidad verdadera de participación ni de realización dignas de su existencia.

Vivimos horas decisivas también en América Latina. Después de varios años de gobiernos dictatoriales, después de varios años de ensayos populistas, América Latina ha recuperado en la Argentina, en el Uruguay, en el Perú, en Ecuador, en Bolivia, en el propio Brasil, su democracia. Y está reflexionando para que esta democracia no sea la misma relativa y restringida de hace varios lustros o de hace varias décadas, democracia en la cual el poder estaba en manos de minorías y al pueblo lo único que se le permitía era ratificar en las urnas las decisiones de tales minorías.

Pero América Latina busca su transformación social y busca su independencia en el mundo de hoy para dar un testimonio en el planeta que identifique a nuestras naciones con dignidad, con creatividad, con personalidad, sin ser pueblos subalternos de ninguna superpotencia por importante que sea.

Nuestro propio testimonio

Colombianos: estos años, los que están viviendo las generaciones actuales y los que nos esperan en los próximos tres lustros, van a ser años de inmensas conmociones y de inmensa profundidad histórica. Estamos viviendo horas históricas. Debemos estar conscientes de ello. Seis o siete generaciones abrieron el camino de la nacionalidad, lo hicieron con inmensos esfuerzos y sacrificios. Tuvieron confrontaciones radicales. Vivieron guerras civiles, se enfrentaron en forma dramática en el proceso de construir las instituciones y los valores de la República. Pero hoy con la madurez pro-

porcionada por la experiencia de esas generaciones nosotros tenemos el deber de dar nuestro propio testimonio, deber de consolidar esa democracia y dar un gran paso adelante para que no sea la democracia restringida de las minorías que deciden y de las mayorías que obedecen, sino la democracia verdadera del pueblo dueño de su destino interviniendo en las decisiones que afectan de manera cotidiana su existencia. En estas horas decisivas nosotros estamos aquí, en el corazón de la democracia de Colombia, en la Plaza de Bolívar, dirigiéndonos a toda la República y queremos decirle que llegamos a este recinto como ayer como hoy y como mañana inspirados por los ideales liberales, los ideales que en el pasado abrieron el camino de la independencia, los ideales que en el pasado significaron la abolición de la esclavitud, los ideales que significaron la conquista de la libertad de expresión, de la libertad de reunión, del derecho a la huelga, del derecho a la organización de los trabajadores en sindicatos, del derecho a la proclamación de los principios de la conciencia sin restricción alguna, de la libertad política, del derecho al sufragio, los valores indispensables de la democracia.

Esos ideales liberales han tenido testimonio permanente en la vida colombiana y esos ideales liberales no los confundimos con las organizaciones, ni las maquinarias que el oficialismo pretenda representar porque son cosas totalmente distintas.

Proclamamos en esta plaza que somos herederos del espíritu liberal que representaron en Colombia Murillo Toro, Uribe Uribe, Benjamín Herrera, López Pumarejo, Gaitán y los Lleras. Y porque somos liberales hemos planteado la voluntad de diálogo con todos los colombianos. Diálogo para ponernos de acuerdo con quienes se identifiquen en estos ideales liberales para establecer las características del desacuerdo con quienes comparten otros conceptos del Estado y otras formas de organización de la sociedad. Pero no nos da temor dialogar con nadie, porque nos sentimos con la fortaleza de la coherencia y la lealtad a los valores proclamados ante el pueblo al que hemos consagrado todas nuestras energías y la razón misma de nuestro desempeño en la política.

Por encima de los partidos

Colombianos: ese mismo espíritu liberal nos demuestra que no tenemos por qué dejarnos encerrar en maquinarias opresoras envilecidas por clanes políticos decadentes que han condicionado los derechos fundamentales de los colombianos.

Y por esa razón, con un mensaje de stirpe liberal hemos hecho una invitación que está por encima de los partidos, suprapartidista, nacional, inspirada en valores de la patria y con el propósito de servirla y transformarla.

Llamamos a los liberales de todos los sectores y llamaremos también a los conservadores y a los independientes, que han visto la decadencia de las estructuras partidistas porque si bien es verdad que los partidos han sido los cauces básicos de la evolución de las corrientes de opinión en nuestro país, no se puede decir que hoy haya dos partidos en Colombia.

Existe una hegemonía, un aparente bipartidismo, una hegemonía que pretende impedirle al pueblo la pluralidad que requiere para expresarse en la sociedad contemporánea. Cuando en el medio urbano surgen tantas realidades que deben tener expresión, que deben influir en la organización del Estado, en la concepción de la sociedad y en la búsqueda del destino común de los colombianos.

Llamo a los veteranos a quienes han vivido muchos años de historia colombiana y han visto el tremendo proceso de nuestro pueblo para encontrar su organización democrática y defender sus libertades, ellos saben qué necesidades tienen, aquí en esta plaza sus mejores garantías y saben que nosotros somos la posibilidad concreta de defensa de la democracia y de la libertad en nuestro país; pero llamo sobre todo a las nuevas generaciones; yo sé que hoy la inmensa mayoría de la Patria está integrada por gentes de las nuevas generaciones, ya llegó el momento de que todos los jóvenes en Colombia asuman su responsabilidad e intervengan en el proceso de cambio. Y llamo a

las mujeres que durante los últimos 25 años han vivido una transformación tan profunda en sus responsabilidades, a las mujeres que ingresaron en forma masiva en el sistema educativo, a las mujeres que tienen hoy responsabilidades laborales como no se vieron en ninguna otra generación, a las mujeres que por la crisis de la estructura familiar en Colombia dirigen más de la tercera parte de los hogares del país, con una carga inmensa de obligaciones, de esfuerzos y sacrificios. Ellas que con tanta generosidad han sostenido los principales valores de nuestra personalidad y de nuestra cultura, tienen el derecho y tienen el deber de intervenir en esta hora crucial para que mediante su opinión y decisión ayude a abrir el camino de la transformación colectiva, de la renovación democrática, del cambio social y del progreso de la Nación.

Cuál es nuestro programa. Si bien durante los próximos nueve meses en miles de reuniones que promoverá nuestro movimiento en todo el país, vamos a explicar todos los detalles de ese programa político, social y económico, yo quiero esta noche, amigos, subrayar ante ustedes los principios fundamentales de ese programa.

Lo primero es la defensa de la libertad política de los colombianos. Esa libertad política está amenazada por muchos factores. Conspiran contra ella quienes pretenden que la decisión del destino colectivo, no se produzca por la libre expresión de la libertad popular sino merced a la fuerza, a la intimidación y a muchas formas de intimidación.

Intimidan al pueblo los que lo amenazan con las armas, los que lo amenazan con los fusiles o las ametralladoras de cualquier manera. Intimidan al pueblo los que lo extorsionan, los que lo esclavizan con las maquinarias burocráticas o con la compra de votos con el tráfico de prebendas, para impedirle que de manera espontánea y auténtica exprese sus convicciones y criterios sobre el destino de la República.

Libertad política

Queremos elecciones verdaderamente libres.

Que a nadie se atribuya ninguna posibilidad abusiva de extorsionar al pueblo o de condicionarlo y que el Gobierno garantice la imparcialidad, no sólo del jefe del Estado, a quien le reconocemos con respeto esa imparcialidad, sino de todos los funcionarios del Gobierno.

Elecciones libres significan también que las tesorerías sean transparentes, que se sepa de dónde viene y a dónde va el dinero de todas las campañas políticas. Que los medios de comunicación sólo sean leales al pueblo y que por lo mismo le comuniquen de manera imparcial y objetiva todas las alternativas, todos los pensamientos, que la Nación entienda todo el proceso de los próximos nueve meses como una gran reflexión colectiva de lo que somos, de lo que hemos sido, lo que debemos ser como Nación, lo que podemos ser si logramos integrar todas las energías materiales y espirituales de la Nación.

Libertad política significa también proponer reformas en el régimen legal y administrativo del país para que se acabe la actual estructura centralista que nos gobierna. No podemos seguir con este monstruo de estructura centralista que tiene a nuestros departamentos y municipios en condición subalterna y secundaria. La Nación necesita desarrollar la democracia local, porque si no hay democracia en el municipio, si no hay democracia en las decisiones próximas a la comunidad, que afectan su vida cotidiana, no habrá democracia en la Nación o lo que pretendan demostrar como democracia en la Nación no pasará de ser una farsa, un artificio. Necesitamos fortalecer los municipios, delegar responsabilidad, confiar en nuestro pueblo, que se gobierne a Colombia no como si un hombre tuviese el derecho a disponer del destino de sus compatriotas, sino entiendo que quien dirija el Estado no puede ser otra cosa que un gran coordinador de los esfuerzos, de las tareas y de las responsabilidades, que podemos y debemos cumplir todos los colombianos.

Estas son algunas de las fundamentales garantías de la libertad política de los colombianos. Ningún hombre puede sustituir a una Nación. Ningún líder, por importante que sea, puede representar nada distinto de lo que está

en la conciencia de su propio pueblo y lo máximo que puede hacer un líder es proclamar aquello que proviene de los corazones y las convicciones de los colombianos. Por ese motivo, la libertad de nuestro pueblo, es el punto de partida de la construcción de un Estado moderno y de la transformación de una sociedad que hoy es desigual, discriminatoria, injusta y por lo mismo violenta.

Los campesinos

Necesitamos que la libertad política sea el primer paso para conseguir la igualdad. Esa igualdad que hoy le es negada a los campesinos. A esos campesinos de minifundio que viven en condiciones miserables, sometidos a las más tremendas frustraciones y a la mayor pobreza en muchos rincones de la República.

A ellos les ha sido negada hasta ahora una verdadera reforma agraria que modernice el acceso a la tierra, pero no sólo el acceso a la tierra, sino a toda la estructura de producción, comercialización, tecnología, distribución de alimentos.

No somos hoy dolorosamente una Nación soberana en materia de alimentos. Seguimos comprando alimentos en el extranjero y no porque no pudiésemos producirlos en nuestra propia patria, sino porque la estructura agropecuaria del país no está concebida para explotar en verdad nuestras tierras. El campesino continúa en Colombia atrasado, explotado, frustrado y mientras él no tenga una transformación verdadera nadie podrá hablar en nuestro país de una verdadera justicia social, de una auténtica igualdad de oportunidades entre los colombianos.

Los campesinos no son únicamente los que se encuentran allá en sus parcelas minifundistas, luchando por la vida en condiciones desiguales y aberrantes. También lo son aquellos que se van hacia las grandes ciudades, aquellos que están en los barrios de la periferia de Bogotá, o de Medellín, o de Cali o de Barranqui-

lla o de Cartagena, o de Bucaramanga o de Cúcuta o de Manizales o en fin de nuestras numerosas capitales. Aquellos que han llegado en los últimos años porque no encontraron en el agro la solución a sus derechos, la garantía de sus posibilidades en la vida.

Y allí están, rodeados por la miseria urbana, sin empleo, sin vivienda, sin educación, esperando que la sociedad les dé la oportunidad a la que tienen derecho de integrarse en verdad a su patria, a la patria en la que viven como si no pertenecieran a ella, como si no fuesen también protagonistas y miembros auténticos de la realidad colectiva.

No puede haber ningún plan de desarrollo que tenga seriedad ni significado en este momento, si no es un plan de desarrollo que garantice una multiplicación de las oportunidades de empleo. El empleo no debe ser un subproducto de los planes de desarrollo. Debe ser el objetivo fundamental de los mismos. La razón de ser de las estrategias de los sectores agropecuarios, industriales, de todos los sectores productivos.

No podemos seguir en una sociedad en la cual la mitad de los jóvenes menores de 30 años se encuentran sin trabajo o tienen graves dificultades para asegurar sus ingresos. Asimismo, necesitamos una política de defensa de los recursos naturales. Muchas veces hemos hablado este tema. Ustedes lo saben colombianos que nos escuchan, que la batalla por defender el carbón y el petróleo ha sido una batalla que forma parte de las más fundamentales convicciones del Nuevo Liberalismo.

Recursos energéticos

Pero esa batalla tiene ahora nuevos episodios. Se ha descubierto una buena cantidad de petróleo en el territorio colombiano. Pero todavía se descubrirá mucho más, porque nuestro país no había sido explorado. Porque cuencas promisorias para encontrar en ellas petróleo, no habían sido perforadas. Hay más de cincuenta compañías extranjeras esperando

la oportunidad de suscribir contratos con el Estado colombiano para hacer exploraciones. Está bien que vengan a Colombia la tecnología y el capital extranjero, siempre y cuando que el Estado colombiano tenga criterios serios, organizados y claros para defender los intereses de la Nación frente a uno de los más importantes patrimonios de la naturaleza. Se necesita revisar los contratos petroleros, porque las condiciones han cambiado. Debemos tener una estrategia de protección de las reservas que garantice la autonomía energética del país.

Igualmente se avecinan decisiones fundamentales en materia de carbón y en materia de energía eléctrica. Necesitamos que en esas decisiones nuestro país tenga en mente siempre los derechos de nuestro pueblo. La mayor parte del ahorro nacional se ha comprometido y se va a comprometer con decisiones relacionadas con el sector energético.

Es muy importante que esto se vigile y que los temas no se examinen tan sólo por expertos, especialistas, sino que en verdad estas materias se divulgen democráticamente porque a todos los colombianos nos pertenece ese patrimonio y el destino, la libertad y la transformación de nuestro país en buena parte están subordinados a lo que suceda con estos recursos.

Colombianos: la lucha que emprendimos es una lucha fuerte y para espíritus fuertes. No debemos impresionarnos porque algunos vacilen en la marcha. Puede haber desertiones. Puede haber cobardía. Puede haber confusiones. No importa. El pueblo sabe hacia dónde nos dirigimos y nos acompaña en esta lucha.

Un mensaje de fe

Siempre en las sociedades hay dos clases de personas. Los que quieren el cambio, el progreso y se atreven a luchar para conseguirlos y los que prefieren refugiarse en los rótulos, en la comodidad de las cosas establecidas, espe-

cialmente si los favorecen a ellos. Pues bien. Esta es una hora en la cual los que tenemos el compromiso del progreso y del cambio no podemos vacilar. Tenemos que estar conscientes de la responsabilidad que tenemos, convocando a todos nuestros compatriotas y librando una lucha que deje huella profunda en la historia colombiana.

Por esa razón, colombianos, ante esta gigantesca muchedumbre que colma la Plaza de Bolívar, ¡acepto la candidatura a la Presidencia de la República!

¡Acepto la candidatura presidencial ante el pueblo, por el pueblo, con el pueblo y para el pueblo!

¡En esta forma proclamo que mi compromiso es con Colombia. No con un grupo, ni con un partido, ni con clanes políticos, ni con intereses distintos de los que deben estar al servicio de la nacionalidad y del bien de la República!

¡Los que no creen en el pueblo, los que hace varios años no se comunican con el pueblo, los que han vivido a espaldas de su dramática existencia en los últimos años, los que van a pedir permiso a los clanes políticos, los que buscan el respaldo de las maquinarias, mañana se rendirán para proclamar una candidatura contra el pueblo!

¡Y dentro de tres meses de nuevo en la otra cara del mismo monopolio hegemónico proclamarán otra candidatura de las maquinarias. Pero uno y otro se encontrarán con una Nación en marcha resuelta a buscar su destino, resuelta a cambiar su porvenir, resuelta a asumir sus responsabilidades!

Nuestro mensaje, colombianos, es un mensaje de fe, de esperanza, de convicción en todo lo que puede hacer el pueblo colombiano. Por eso apelamos a él sin intermediarios, sin sustitutos y con su mandato el que nos otorgará primero en marzo para conquistar las mayorías en el Congreso de la República y

luego en mayo para conquistar la Presidencia de la República, reorganizaremos el Estado y reorganizaremos la sociedad y le devolveremos a los partidos su espíritu para que no sigan siendo instrumentos de camarillas privilegiadas, de maquinarias todopoderosas que actúan a espaldas del pueblo y vuelvan a ser lo que fueron como intérpretes de la nacionalidad.

Esta no es una lucha contra los partidos. Es una lucha por encima de los actuales partidos para devolverle al pueblo sus instrumentos de desarrollo democrático, sus ideales, sus valores, sus posibilidades. Vamos a transmitirle a nuestro pueblo energía creadora, confianza y decisión, porque comprendemos la dimensión histórica de estos momentos de la vida colectiva.

Cada uno de ustedes, compatriotas que me escuchan, es personero de nuevos ideales, personero de la Nueva Colombia que estamos construyendo.

Antes que luchar por la unión de los partidos nosotros hemos luchado y lucharemos por la unión de los colombianos. Hubiera sido muy fácil, como lo pretendían compañeros que no entendieron la responsabilidad que habíamos asumido, hubiera sido muy fácil en-

trar en transacciones y acuerdos, pero hubiéramos traicionado la causa que nos confió el pueblo.

Y como lo dije hace una semana ante el congreso del Nuevo Liberalismo, sólo queremos una victoria digna y honrada, porque si no es digna y honrada no es victoria.

Por poderosas que sean las tesorerías de las maquinarias, nosotros venceremos. ¡Por poderosos que sean sus instrumentos de poder, como de comunicación y de información, nosotros venceremos!

Tenemos la energía que nos da la conciencia de la historia colombiana: ser hombres del presente y hombres del porvenir y comprender cuánto le espera a nuestro pueblo y a cuánto tiene derecho.

¡Colombianos: por la libertad, siempre adelante!

¡Por la paz, siempre adelante!

¡Por la igualdad y la justicia, siempre adelante!

¡Viva Colombia! ¡Viva Colombia! ¡Viva Colombia!

A NUESTROS SUSCRIPTORES

Con el fin de garantizarles la entrega continua e inmediata de cada DOCUMENTO, les solicitamos informar oportunamente cualquier novedad con respecto a dirección, teléfono o ciudad a: FUNDACION NUEVO LIBERALISMO, Calle 34 No. 27-36 Oficinas 506-209, Teléfonos: 2693393, 2690380

Transformar un sistema antidemocrático e ineficaz

Discurso del candidato presidencial doctor
Luis Carlos Galán Sarmiento, en el Hotel Te-
quendama, VII Convocatoria Nacional del
Nuevo Liberalismo, 14 de agosto de 1985.

La iniciación de un proceso democrático, en el cual el pueblo debe tener la posibilidad de elegir directa y libremente a sus gobernantes, es el mejor momento para definir el espíritu de una campaña política y su justificación. Hace pocos días, ante una formidable multitud reunida en la Plaza de Bolívar acepté el compromiso de proponerle a la Nación un conjunto de ideales y alternativas para dirigir el Estado a partir del 7 de agosto de 1986. Hoy quiero presentar ante ustedes la interpretación de Colombia que nos guía y el significado del proyecto político que sometemos a la consideración de todos los colombianos.

Los pueblos como los hombres nacen, crecen, envejecen y mueren. Esto es necesario recordarlo para que tengamos conciencia de la etapa en que se halla Colombia, puesto que ello no puede orientar sobre la naturaleza de sus problemas y sobre las perspectivas que se le ofrecen a la Nación en el futuro. Tener una perspectiva del pasado es fundamental para adquirir una noción del proceso que vive Colombia desde su creación como Estado independiente. Ningún pueblo puede organizar la búsqueda de su destino si carece de conciencia de su pasado, de su historia, de sus recursos naturales, sus poderes externos, sus limitaciones, sus posibilidades y sus contradicciones.

Somos una Nación joven. Apenas cinco generaciones han completado su ciclo vital en la tarea de integrar la República, dos generaciones comparten hoy el escenario público en diverso grado y así como vivimos la última etapa de una de las generaciones más interesantes y complejas, empieza el influjo de las necesidades y aspiraciones de quienes gobernarán el país durante los próximos años.

Nación joven y Estado en formación

Como Nación joven nos gobernamos dentro de las instituciones de un Estado en formación que apenas en el curso de las dos últimas generaciones adquirió recursos y funciones para organizar numerosas necesidades colectivas. Un poco menos de la mitad del territorio no está incorporada a la organización social y económica y si se incluyen los nuevos dominios definidos por el derecho del mar y las esperanzas en la órbita geoestacionaria resulta todavía más grande el territorio no conquistado por la Nación.

Una sociedad desigual

La sociedad colombiana no está integrada y es profundamente desigual a pesar del proceso de homogenización que ha determinado en el último cuarto de siglo la revolución urbana al generar por primera vez en la historia del país grandes franjas de clases medias. Los supervi-

vientes de la población indígena original se aproximan al medio millón de personas y permanecen aislados con problemas críticos para atender sus necesidades fundamentales. En la Costa Pacífica, con limitadas incursiones en el Valle y el Cauca, vive sin mayores esperanzas ni posibilidades una buena parte de la población negra. La población campesina en casi todo el país desde su nacimiento está en desventaja para vivir y para sobrevivir, ni hablar de sus problemas para educarse y para trabajar. En las grandes ciudades, por lo menos la tercera parte de las familias no gana el salario mínimo. Cualquier indicador económico o social que demuestre nuestro atraso en la atención de necesidades básicas de la población, disimula, sin embargo, las crecientes desigualdades entre las regiones del país, por lo cual no cabe hablar de una o dos Colombias sino por lo menos de cuatro o cinco. La urbana y la campesina; la integrada físicamente al país y la que se halla aislada del resto de la población; la que tiene expectativas de vida superiores a 65 años y la que no llega a 35; la nutrida y la hambrienta; la escolarizada y la analfabeta; la ocupada y la desempleada. Pero la lista de las desigualdades no termina aquí. Las mujeres tienen deberes y responsabilidades superiores a sus derechos en contraste con lo que sucede con los varones. El acceso a los medios de producción es desigual y el sistema educativo además de sus fallas de cobertura no está diseñado para promover una conciencia de verdadera integración nacional.

La dependencia internacional

No somos una Nación plenamente independiente. La creación de empleo, la construcción de las más importantes obras públicas y el desarrollo de los servicios sociales dependen hoy en forma decisiva de créditos internacionales. Somos una Nación con soberanía relativa en materia económica y sin soberanía alimentaria.

El atraso político

Tampoco somos un país desarrollado políticamente. Más de la mitad de la población es

tá marginada del proceso de escogencia de los gobernantes y entre quienes participan muchos no son libres en su opinión ni en su voto. Varios grupos relativamente pequeños pero irreductibles se niegan a reconocer el sistema de instituciones y utilizan armas de toda índole para desprestigiar al Estado y tratar de derrocar al Gobierno.

Colombia crece y avanza

Este es un cuadro objetivo de algunas de nuestras principales dolencias nacionales, sin embargo, la perspectiva completa del proceso de Colombia nos impone tomar altura y subir lo necesario para comprender que por encima del desorden, las injusticias, las desigualdades y los abusos, Colombia crece y avanza. En el curso de pocos años, no más allá del último cuarto de siglo, casi sin que lo notásemos, se ha modificado profundamente nuestra visión de Colombia. La educación, los medios de comunicación, las nuevas interpretaciones del proceso histórico y la multiplicación de los contactos internacionales sacuden la conciencia nacional y nos demuestran que los factores de la vida colombiana son día tras día más complejos y las relaciones entre sus habitantes también. Crece la impaciencia del país por resolver sus problemas y se multiplica la capacidad de análisis y de reflexión sobre lo que somos, lo que fuimos y lo que debemos llegar a ser. La objetividad para denunciar sin atenuantes los problemas nacionales y el optimismo para creer que la Nación progresa y le esperan nuevas etapas de transformación, son dos elementos indispensables para afrontar el actual proceso político.

El sentido del debate político

Los colombianos no debemos entender el debate que acaba de iniciarse con la presentación de los primeros candidatos, como si todo fuese la competencia entre dos, tres o más personas por alcanzar la dirección del Estado. El debate tiene sentido en la medida en que la

Nación logre saber qué piensa cada candidato sobre los temas fundamentales, es decir, cómo podemos formar una sociedad y una democracia orgánicas y cómo conseguimos una nueva coordinación de los elementos del Estado y los de la sociedad para que la Nación gane conciencia de sí misma, independencia económica internacional y corrija las desigualdades internas de modo que ningún colombiano quede al margen de las realidades políticas, económicas y sociales.

El sistema actual

Lo primero que debemos examinar es la eficacia y la validez del sistema político real para calificarlo como instrumento de organización del pueblo colombiano. ¿Quién tiene el poder en Colombia? ¿Cómo lo consigue? ¿En favor de qué intereses? ¿Con qué consecuencias en la organización social y económica?

Desde el punto de vista formal vivimos en una democracia en la cual el poder depende de la voluntad popular expresada en elecciones y existen varios instrumentos de control del poder. En la práctica, en Colombia no se puede llegar al Gobierno por fuera de las maquinarias de los partidos políticos tradicionales, lo cual es una realidad que no corresponde a la verdadera democracia y que hace necesario examinar los poderes dominantes en los partidos políticos, sus objetivos reales, su financiamiento, su estructura, su sistema de decisiones y sus factores de apoyo. Es este un punto tan sensible para los poderes e intereses que hoy gobiernan al pueblo que sólo así se explica la tormenta que surgió por la simple formulación de una invitación para convocar a los colombianos por encima de las maquinarias partidistas para que expresen directamente su opinión sobre un proyecto político y sobre la voluntad de quienes prometemos realizarlo.

Las maquinarias sustituyeron los partidos

Se habla mucho de los méritos de los partidos en la historia colombiana. En verdad los

han tenido como instrumento para canalizar corrientes de opinión. Han servido para convocar a los colombianos que a través de ellos durante varias generaciones han expresado sus ideas políticas y sus preferencias sobre los distintos dirigentes del país en el último siglo y medio. Pero, objetivamente, los partidos presentan aspectos muy cuestionables en sus balances y especialmente en su situación actual. La historia refiere que todas las generaciones, desde la independencia, han afrontado guerras civiles en las que se comprometieron de un modo u otro los partidos y esto ha sucedido en numerosas oportunidades en nuestra breve historia republicana; su éxito en la construcción de las instituciones ha sido limitado, pues, a pesar de su predominio hegemónico, ya partidista o bipartidista, los dos partidos tradicionales no han creado instituciones completamente articuladas. Cuarenta años de estado de sitio casi ininterrumpido demuestran la dificultad para conseguir la normalidad política. Al Frente Nacional se llegó para superar el sectarismo pero no antes de la tragedia sino después de ella, como consecuencia de ella y cuando haber obrado de nuevo con espíritu sectario habría sido algo igual a condenar premeditadamente a Colombia a su disolución. Sin embargo, los defectos de los partidos en el pasado, su apasionamiento y sus aspiraciones hegemónicas son cosas relativamente menores en comparación con lo que les ha sucedido en las últimas décadas como consecuencia de la transformación en las dimensiones del Estado, lo cual los condujo a la corrupción y al cinismo, problemas éstos de profunda gravedad política porque son amenazas para la libertad y la democracia muchísimo más peligrosas que la misma subversión.

Los partidos tradicionales se convirtieron en dos maquinarias para producir votos comprados en forma directa como sucede en más de un centenar de municipios o en forma indirecta como ocurre en la mayor parte del territorio. Lo primero lo han hecho de la manera flagrante tantas veces denunciada sin que haya habido sanción alguna y sin que hasta la fecha se conozca condena explícita e inequívoca de tales procedimientos por parte de quienes dirigen esos partidos o han aceptado en su nombre una candidatura o una precandidatura. Lo segundo no es una estrategia política sino una cadena de negocios que incluye licitaciones en

las licorerías, maniobras en las loterías, comisiones en los contratos oficiales, acceso privilegiado a la propaganda de las entidades públicas, ventajas en la adjudicación de espacios televisivos y en las frecuencias radiales, presiones en las aduanas y maniobras en el propio Ministerio Público y en las contralorías. Los empleados públicos no son a los ojos de estas maquinarias personas que atienden servicios de interés para la comunidad o funciones públicas sino individuos que deben contribuir a las tesorías de sus padrinos políticos. Dentro de este marco de corrupción, las maquinarias aceptaron aportes de los narcotraficantes que buscaban poder político para conseguir impunidad en su actividad delictiva y permitieron que esos recursos circularan en sus campañas para financiar la movilización del electorado tanto en los comicios parlamentarios como en los presidenciales de 1982.

En el culto ciego y cómplice que se rinde en Colombia a estas dos maquinarias electorales que algunos todavía confunden con los partidos políticos, se piensa que las maquinarias representan un estado de democracia definitivo y superior e inclusive se afirma que en ellas ha culminado el proceso de desarrollo de la democracia. La verdad es que la fuerza de estas maquinarias se apoya en factores artificiosos: no hablemos de sus poderosas tesorías ni de las alianzas existentes entre medios de comunicación, grandes intereses económicos y organizaciones electorales; tampoco tengamos en cuenta el fraude que realizan en las poblaciones hegemónicas o en las zonas aisladas, basta observar el influjo desproporcionado de las zonas rurales en el conjunto de los electores en una Nación que está más localizada cada día en las áreas urbanas que en las campesinas. Las maquinarias partidistas omnipotentes y prepotentes en las zonas campesinas donde explotan la debilidad, el aislamiento, el atraso y la ignorancia del mundo rural son cada día más débiles en el medio urbano. Tales maquinarias no han asimilado el efecto político de la urbanización donde se halla la mayor parte del escepticismo nacional. Por eso estas maquinarias no tienen futuro y cada día afrontan mayores problemas para ejercer alguna influencia en una opinión que juzga con independencia la realidad social y cuyo crecimiento es inexorable porque aumentan

los colombianos que se reconocen en esta misma posición autónoma y proclaman su rechazo a los intereses, los conceptos y los métodos que utilizan tales decadentes instrumentos partidistas.

A la historia de los partidos han contribuido personas respetables que sirvieron los intereses de la Nación con mérito innegable y sobre todo millones de seres que trabajaron por sus ideales e inclusive perdieron la vida y la de sus familias por defenderlos en horas de ciego fanatismo. Sin embargo, ni esas personas tienen el control de los partidos ni las masas cuentan con instrumentos adecuados para influir dentro de los mismos porque unos y otros se estrellan contra una organización pseudobipartidista que actúa con sus propios fines e instrumentos. Es posible que a pocos meses de las elecciones estas organizaciones electorales procuren maquillarse, como lo intentan ahora, pero los cambios y los ajustes son superficiales; por dentro todo sigue igual, con modestas posibilidades reales de expresión popular y con jefaturas de carácter nacional simbólicas e impotentes para asegurar el cambio de las costumbres políticas. Para este sistema de maquinarias la política no es, como debiera ser, la organización de la voluntad colectiva para hacerle frente a los problemas de la comunidad y servir las necesidades y el destino de los seres humanos. Para las maquinarias que hoy están destruyendo los partidos, que los han paralizado y les están cambiando su naturaleza, la política es apenas, la búsqueda del poder para utilizarlo en su propio beneficio, lo cual va en contra del interés general e impide la atención de los problemas de la Nación.

Antidemocrático e ineficaz

No se trata de hacer un juicio de moral política sino de establecer si este sistema puede ser democrático o no y si a través de él podemos pretender los colombianos que progrese la Nación en sus aspectos políticos, sociales y económicos en la forma adecuada. Quien desee establecer si este sistema sirve o no para resolver los problemas del país, concluye que

no sólo no los soluciona sino que los complica, los agrava y los vuelve más explosivos. Es evidente que los grupos sociales más débiles y oprimidos no pueden esperar en estas circunstancias la oportuna y resuelta atención de sus necesidades. Es claro, además, que en un sistema de cogobierno de maquinarias partidistas los fuertes son más fuertes y los débiles más débiles. El sistema margina a los sectores sociales más vulnerables o los condena al servilismo y la obsecuencia. Este tipo de maquinarias genera formas de privilegio y es cómplice de los demás privilegios existentes en la organización económica y social. Unos y otros se necesitan y apoyan recíprocamente y a través de ellos es imposible corregir los desequilibrios y organizar en forma eficiente y seria los recursos públicos para beneficio de la Nación y no de unos cuantos círculos egoístas.

¿Cambio o continuismo?

¿Qué divide hoy a los colombianos? ¿Cuál es el fondo de la controversia en que nos hallamos? Según la perspectiva tradicional la lucha es entre liberales y conservadores. Otros afirmarían que entre pobres y ricos. Para unos el conflicto es también una proyección de la rivalidad entre las superpotencias como si todo se limitase a defender a Colombia de la conspiración de los comunistas o de los capitalistas. En realidad, el fondo de la rivalidad es la confrontación entre quienes buscamos cambiar la sociedad y quienes se resisten a ello o porque gozan de privilegios en la organización actual o porque temen afrontar los riesgos de una lucha renovadora o se sienten impotentes para trabajar por la construcción de un orden nuevo.

¿Qué es el cambio?

El cambio no es el descanso. El cambio es la apertura de nuevas metas. El cambio es primero que todo una revolución espiritual, es emerger del cuadro de diagnóstico que nos oprime para ver claro. El cambio es tomar al-

tura y colocarnos sobre los sistemas tradicionales de los partidos y de la eterna subversión. El cambio es tener más interés en el futuro que en el pasado, si bien cabe respetar la historia sólo debe servirnos para tratar de aprender de ella pero sin dejarnos aprisionar por ella. Cada generación hereda una experiencia acumulada por quienes la precedieron, pero cada generación debe dar su aporte. Nuestro deber es darlo ahora, en forma resuelta, con coraje y decisión frente a los riesgos, las incomprendiones y las tergiversaciones. Dentro de algunos años llegará otra generación que nos relevará con su propia visión de Colombia y del mundo. Es nuestra responsabilidad que ellos asuman el mando en una sociedad superior a la actual. Veinte o treinta años son decisivos en la vida de un hombre, pero muy poco en la de una Nación. No podemos perder tiempo para cumplir nuestra tarea, no lo hemos perdido pero todavía falta mucho por hacer y no será fácil lograrlo.

¿Cuál es la meta?

La meta hoy es conseguir que todo colombiano llegue a ser verdaderamente adulto, es decir, dueño de su fuerza y de su madurez; que todo colombiano se libere de los problemas básicos de supervivencia; que pueda realizar su vida en condiciones dignas; que cada uno de los colombianos pueda decir que trabaja para que Colombia se eleve en él y por él a un grado superior de organización social y política.

Los obstáculos

Los obstáculos para el cambio son numerosos y poderosos. Tanto que han desalentado a varios compañeros de viaje que en una hora decisiva nos han abandonado, como si nunca hubieran entendido nuestro proyecto político o sorpresivamente lo hubiesen considerado imposible o nos hubiesen tomado como refugio transitorio para sus intereses personales. Al

cambio se oponen la rutina, el inmediatismo, el menor esfuerzo, el pesimismo, el poder intrínseco de los privilegios, la inercia de las maquinarias, la tendencia a evadir responsabilidades, el poder artificial de los partidos en las zonas rurales. Un obstáculo gigantesco es el desconocimiento de las gentes sobre lo que es ahora el Estado y sobre las nuevas formas de poder. Ninguna familia sabe cuánto le entrega al Estado de sus ingresos anuales al pagar impuestos directos e indirectos, contribuciones o tarifas de servicios públicos. Ningún partido se ha preocupado por hacer educación política en forma masiva y permanente. Los campesinos están desorganizados y la mayoría no ha comprendido que tiene derecho a una existencia digna. Las mujeres tampoco han logrado conciencia de su realidad y de sus derechos. La juventud empieza a aproximarse a los asuntos públicos con la generosidad y el desprendimiento propios de su edad pero desconoce el proceso, desconfía de la política, a veces prefiere esperar sin comprender su fuerza decisoria o en algunos casos se precipita al sacrificio porque cree que el cambio es inmediato y fácil a través de las armas. Sin embargo, la nueva generación está más preparada que todas las anteriores. Es más objetiva, se halla más integrada al medio urbano y el proceso de internacionalización no le sorprende. El desempleo y el narcotráfico la golpean implacablemente pero, a la vez, todo el cuadro económico y social debe moverla a respaldar la lucha por el cambio. El mayor obstáculo para el cambio en nuestra nación es el predominio de la conciencia individual entre los colombianos porque todavía son modestas las manifestaciones de la conciencia social y no tenemos plena facilidad para asociarnos.

Las fuerzas del cambio

A pesar de todas las dificultades, las fuerzas del cambio están presentes en la Nación y no dependen únicamente de factores políticos. Poco a poco, pero en forma incontenible, está creciendo la conciencia de las masas sobre sus derechos. Las clases medias están mejor articuladas y cuestionan una estructura política decadente e impotente; estas clases medias seguirán creciendo en todas sus dimensiones y posibilidades. Es verdad que muchos profesionales se hallan desempleados, esto debería fo-

mentar su inconformidad creativa y su apoyo a la búsqueda de replanteamientos, pero no debe olvidarse a la inmensa mayoría de las personas que han cursado estudios universitarios durante los últimos treinta años o los que se hallan en los claustros como profesores o alumnos, todos ellos tienen en sus manos una formación y unos recursos que deben cumplir funciones sociales no sólo para el ejercicio profesional sino para la comprensión de la realidad colectiva. Los campesinos organizados y conscientes no son tan numerosos como se quisiera, pero los hay en todas las regiones de Colombia y su experiencia ya pasa de 10 y 15 años en muchos de ellos, lo cual les permite mejorar la información y organización de los otros campesinos para que su lucha progrese. Es impresionante y dolorosa la violencia de algunos líderes indígenas, pero más allá de eso lo que resulta lleno de significación es el despertar de pueblos que parecían destinados a la extinción y ahora demuestran una nueva conciencia de sus realidades, sus derechos y sus posibilidades. De la misma manera los autoconstructores y los microempresarios en las nuevas áreas urbanas empiezan a integrar una red de relaciones sociales que tendrá repercusión en la voluntad colectiva, es decir, en la política.

Dentro de pocos meses se realizará un nuevo censo que proporcionará datos fundamentales para interpretar y dirigir a Colombia en lo que resta del siglo. Este censo debe recibir toda la atención y el apoyo del país porque nos revelará cuánto ha cambiado Colombia y cuántas transformaciones siguen ocurriendo en la sociedad civil con independencia de las fórmulas, los factores y los protagonistas del bipartidismo y a veces a pesar de ellos. De todas estas informaciones y de lo que se aprecia al recorrer el país, como las nuevas y crecientes interrelaciones nacionales e internacionales, resulta evidente que hay sed de bienestar, hay fiebre de crecimiento y emerge una nueva Colombia en torno de nosotros.

La Nación ya es suprapartidista

Algunos sectores se han sorprendido porque se haya propuesto un programa político para convocar a los colombianos con espíritu

suprapartidista. La sorpresa es otra. Proponerle esto a la Nación no es nuevo porque se trata de algo que nuestras gentes ya conocen y creen. Hace rato que muchos colombianos son suprapartidistas, es decir, entienden el porvenir del país sin subordinarlo a maquinarias partidistas y desean expresarse sobre el bien de la República directamente sin intermediarios ni condicionamientos. Como advirtiera Pittaluga, un cubano que analizaba su país pocos años antes de la revolución de Castro, "cuando existen partidos sin política, se termina por tener política sin partidos". Lo que nosotros deseamos es impulsar una nueva manera de hacer política para que se renueven los partidos y quienes quieran hacerlo puedan promover nuevos partidos de modo que se desarrolle la democracia y se multipliquen las opciones políticas.

La unión por miedo

A esto se oponen —claro está— el oficialismo y el conservatismo. En el caso oficialista la estrategia para impedir el cambio ha sido proponer una convergencia para reconstruir la maquinaria con algunas curiosas bendiciones. La intentaron primero en torno a un programa pero como esto no corresponde a su comportamiento habitual y como no pueden explicar por qué varios puntos de ese programa no los realizaron cuando dirigían el Estado y por qué no utilizan ahora mismo su fuerza parlamentaria para impulsarlos, han terminado en una convergencia forzada en torno de un veterano administrador público, lo cual no significa el fundamento de un cambio de conducta ni de filosofía. Los oficialistas se unen contra nosotros, no por Colombia ni por las ideas liberales. Cuando la unificación se hace por miedo es frágil y transitoria, se logra en la superficie, permite montar mecanismos pero no determina síntesis de fondo ni transforma la conciencia de lo que se reúne. Tan pronto pase el ciclo del interés transitorio o del miedo, la supuesta unión se desarticulará sin generar nada diferente de nuevas y peores frustraciones. Así ocurrió en 1974, volvió a suceder en 1978 y en 1982 porque no había coherencia entre lo que pretendía unirse por razones electorales y de allí que al día siguiente de los

comicios todo siguiera igual o peor. No tienen un proyecto de Estado o de sociedad que puedan compartir los propios directivos del aparato partidista, tan sólo le rinden culto a un rótulo porque tienen nostalgia del pasado o porque convirtieron en fuente de privilegios el control de la maquinaria. La opción oficialista no puede ser una opción para Colombia. Es apenas la operación retorno del decadente e impotente equipo político que administró el Estado en los últimos años y que fracasó en su gestión.

Los compañeros de viaje

Es necesario hablar de los compañeros de viaje. Cuando surgió el Nuevo Liberalismo llegaron hasta nosotros personas que obedecían a diversos motivos. Muchos entendieron el llamamiento, supieron desde el primer día que emprendíamos una marcha para cambiar a Colombia y para transformar la sociedad. Aquí están. Firmes al lado de las banderas y sin temor por las intimidaciones. Tienen fe en el porvenir y saben que nuestra misión sólo se cumple con perseverancia y tenacidad. Otros desde el primer momento lo reducían todo a cerrarle el paso al doctor López Michelsen, como si el único motivo de esta lucha fuese impedir su reelección. No nos entendieron. A ellos no les interesaba nada diferente y en aquel proceso dejaron en elocuentes discursos argumentos muy significativos sobre la crisis de los partidos y la necesidad de defender las ideas liberales. Hablaron de renovación y de combatir vicios. Sin embargo, para ellos, el Nuevo Liberalismo era un instrumento transitorio, una herramienta que permitiría buscar futuros reintegros al oficialismo sin reparar en la naturaleza del compromiso adquirido con el pueblo que nos ha dado su apoyo en las elecciones de 1981 y 1984. Se han negado a ir más lejos y prefieren volver atrás. Ya no se plantean problemas ulteriores y cuando presentan argumentos sobre el imperativo de ese retorno, se olvidan de lo que dijeron e hicieron en 1982. Queda claro que no les interesaba la renovación de la política colombiana, ni la del partido liberal. Los argumentos que ahora aducen para rodear a Barco en 1985 son en buena parte contradictorios con los moti-

vos que tuvieron para enfrentarse a López Michelsen en 1982 y los alegatos que hicieron para combatir a López, no deberían permitirles abandonar la lucha y sumarse a Barco porque los problemas están vigentes.

Así como ahora se marginan unos pocos, es evidente que llegan otros. Muchos lo hacen porque miraban con algún escepticismo nuestros esfuerzos y nos confundían con otras fuerzas que en el pasado libraron luchas transitorias. Esperaban nuevas pruebas de la sinceridad del compromiso y ahora, al reconocerlo así se suman a nuestra causa. Si bien no hay sorpresa ni novedad alguna en lo que hemos dicho y hecho en estos días decisivos, así como partieron de nuestro lado los que abrigan la esperanza de transacciones, ahora llegan hasta nosotros los que comprenden que se ha iniciado una nueva etapa y que no hubo, no hay, ni habrá transacciones.

Al disiparse la tormenta de estos días resulta claro que al oficialismo y al conservatismo sólo los asocia la fuerza del pasado y sólo piensan en su defensa. El Nuevo Liberalismo es la unión hacia el futuro, representamos la confianza y la esperanza en el progreso. Encerrados en las maquinarias y en su sistema de alianzas con los poderes económicos, el oficialismo y el conservatismo se creen autosuficientes. Definida nuestra plataforma como la Unión por la Nueva Colombia y confirmados nuestros valores democráticos y nuestros ideales vamos en búsqueda del pueblo colombiano. ¡A trabajar compañeros durante estos meses en forma sistemática y solidaria! ¡A divulgar en

todos los sectores, barrios, aldeas y veredas nuestro diagnóstico, nuestras proposiciones y nuestros ideales! Lo que viene no es fácil ni cómodo pero es lo que debemos ofrecerle a Colombia.

Refiere la prensa de hoy que en el embalse del Guájaro, muy cerca de Barranquilla una pareja de hipopótamos adquirida por narcotraficantes causó la muerte a un pescador que perturbó su reposo. Los hipopótamos, según la descripción de los naturalistas, son mamíferos paquidermos, de piel gruesa, negruzca y casi desnuda; cuerpo voluminoso, cabeza gorda pero cerebro pequeño, con orejas y ojos también pequeños, boca muy grande, labios monstruosos y piernas muy cortas. Estos hipopótamos de Repelón se parecen a las maquinarias partidistas, especialmente cuando reposan con su pareja en zoológicos abandonados por gentes de repentina, exagerada y oscura fortuna. Se asemejan en muchas cosas, pues los aparatos partidistas, como los hipopótamos, dormitan tranquilos pero son momentáneamente peligrosos cuando se despiertan asustados o cuando les interrumpen sus horas de amor. Esto no lo debemos olvidar, así sepamos que luego se les acaba la combatividad. Lo que hicieron las maquinarias partidistas el 20 de julio en el Congreso fue reaccionar como los hipopótamos asustados, ahora tratarán de movilizarse pero sus cuerpos voluminosos y lentos no les permitirán llegar muy lejos...

Bogotá, D. E., 14 de agosto de 1985.

PRODEMOCRACIA

II Seminario Internacional

DEUDA EXTERNA Y REFORMA DEL SISTEMA MONETARIO INTERNACIONAL

Bogotá, noviembre
13, 14 y 15 de 1985,
Hotel Bogotá Hilton

PRODEMOCRACIA,
Calle 75 No. 7-30
Tels.: 2554253 -
2116257 - 2554273

El Temario del Seminario es el siguiente:

Capítulo I: Deuda Externa

1. Causas de la Crisis del Endeudamiento.
2. Papel del Sistema Internacional en este Proceso.
3. Equilibrio Externo y Capacidad de Pago.

Capítulo II: Reforma del Sistema Monetario Internacional

1. Sistema Monetario Internacional, Problemas Económicos Asociados y Modelos de Ajuste.
2. Activos de Reserva
3. Organismos Directores del Sistema: Evaluación de su Participación y de su Autoridad.
4. Relaciones Monetarias entre Oriente y Occidente.

CONFERENCISTAS EXTRANJEROS INVITADOS:

Mr. Rudiger Dornbusch	Estados Unidos
Mr. Pedro Pablo Kuczynski	Estados Unidos
Mr. José Jorge	Brasil
Mr. Bernhard Fischer	Alemania
Mr. Jesús Silva Herzog	México
Mr. Carlos Rafael Rodríguez	Cuba
Mr. Eduardo Orrego	Perú
Mr. John Weeks	Gran Bretaña

CONFERENCISTAS COLOMBIANOS:

El grupo de conferencistas y quienes integran el panel de cada una de las conferencias, estará integrado por personajes del más alto relieve nacional en el mundo de la política y economía. Oportunamente se darán a conocer sus nombres.

La mujer, la juventud y los profesionales

Palabras del candidato presidencial Luis Carlos Galán en el Hotel Hilton, agosto 28 de 1985.

Dicen los hombres de ciencia que "tanto en la evolución biológica como en la evolución psicológica, incluyendo el avance científico, buena parte del progreso se consigue por acumulación de pequeñas particularidades, pero, a intervalos, ocurre algo parecido a la cristalización de una disolución sobresaturada, como cuando la ciencia desemboca en un concepto enteramente nuevo que unifica una enorme cantidad de datos e ideas". En la política ocurre algo similar. Los fragmentos del rompecabezas se hallan regados y poco a poco empiezan a tomar forma, de tal manera que de repente aparece un panorama que sorprende y del cual teníamos datos parciales.

Desde hace varios años los colombianos nos sentimos rodeados de acontecimientos nuevos y bajo el influjo de múltiples procesos que no alcanzamos a descifrar. Sabíamos que la Nación estaba cambiando pero no lográbamos identificar en qué dirección ni con qué rasgos fundamentales. Poco a poco ese rumbo se ha definido y el rompecabezas ha adquirido forma.

En varias intervenciones públicas de los últimos años he propuesto que identifiquemos en una sola palabra lo que le ha sucedido a Colombia durante la segunda mitad del pre-

sente siglo. La palabra clave que propongo es urbanización. Esta palabra permite ubicar muchas cosas dispersas y precisar los vacíos y desajustes que presenta la organización política, económica y social de los colombianos, así como la profunda transformación cultural en que nos hallamos. Pero, además, debemos comprender que ya empezó la influencia de otra palabra clave que condicionará nuestra existencia e influirá en nuestro porvenir en forma muy positiva. Me refiero a la palabra internacionalización.

No se conoce revolución social más profunda en la historia que la determinada por la urbanización y pienso que no habrá revolución superior a la que generará la internacionalización. Cuando no ha terminado la primera para nosotros, ya comenzaron los efectos de la segunda. Cada una es capaz de sacudirnos profundamente, las dos nos obligarán a cambiar nuestros presupuestos morales y sociales en proporciones inimaginables.

Hablo de la nueva sociedad, porque allí está la razón de las nuevas fuerzas políticas. La urbanización ha modificado todo: transformó la familia, cambió los valores individuales y colectivos, y de nueva introdujo nuevos sistemas de producción y de servicios, multiplicó las relaciones sociales y generó los diversos estratos de clases medias. La internacionalización intensificará todas estas transformaciones y las dos han cuestionado y cuestionarán día tras día el sistema político, el papel del Estado, la concepción del poder público, la tarea de los protagonistas políticos y toda la vida colectiva.

En mi opinión estos son los grandes marcos dentro de los cuales se debe ubicar la interpretación de la Colombia moderna, para que no nos dejemos apabullar por los innumerables detalles del proceso social ni corramos el viejo peligro de quedarnos mirando los árboles sin ser capaces de ver el bosque.

La mujer

¿Qué nos ha generado la urbanización? El primer cambio importante ha sido la transformación de la mujer, protagonista indispensable que poco a poco ha ganado conciencia de su realidad y cuya opinión será definitiva en los procesos políticos inmediatos y futuros. En los últimos treinta años la mujer se educó, adquirió nuevos patrones de comportamiento sexual y reproductivo y salió del hogar para ingresar masivamente al mercado laboral. El cambio ha sido radical y revolucionario para las mentes de la primera mitad del presente siglo. Es verdad que nunca como ahora las mujeres han estado sometidas a experiencias difíciles e inesperadas, pero el cambio ha sido muy positivo. Si bien los salarios siguen siendo desiguales y el vuelco ha sido tan profundo que la tercera parte de los hogares de Colombia son dirigidos por mujeres solas, el balance indiscutible es que la mujer obtuvo en estas tres décadas más independencia, más dignidad, más libertad y más conciencia.

Esto no significa que el proceso se haya cumplido al mismo ritmo y con idéntica profundidad en todas las regiones y sectores sociales. Para las mujeres de los estratos populares el proceso de urbanización ha sido muy duro y sus responsabilidades se han multiplicado. La campesina no integrada a ese proceso padece las peores discriminaciones y soporta las cargas más opresivas. Las mujeres con profesión universitaria constituyen la vanguardia del proceso y representan cantidades crecientes. En el escenario político el balance es muy desigual en lo que se refiere a la presencia de la mujer en las ramas del poder público. Es muy importante en las Ramas Ejecutivas y Jurisdiccional, pero todavía resulta modesta en la Legislativa. Salvo lo que sucedió en Bogotá y

Bucaramanga en 1982 las mujeres han sido abstencionistas en los procesos electorales y su participación es todavía bastante inferior al promedio masculino, lo cual indica la necesidad de mejorar su información y su educación política para desarrollar su conciencia social y darles acceso a instrumentos de decisión política más eficaces y concretos cuando están a punto de cumplir treinta años de ejercicio de los derechos ciudadanos. Si las mujeres se deciden a incrementar su participación y si comprenden la importancia de sus derechos políticos, estarán en condiciones de generar los cambios más sustantivos en la política nacional. El lenguaje de las maquinarias partidistas es obsoleto y machista para los oídos de las mujeres, corresponde a una época en la cual ellas no tenían derechos políticos y fueron las víctimas sacrificadas en la forma más injusta y cruel durante la violencia. Por eso, son las mujeres la primera fuerza nueva de la política colombiana en esta última etapa del siglo y representan el sector social con la mayor capacidad creadora y la mentalidad más positiva y desprevénida.

La juventud

La segunda fuerza nueva de la política nacional es la juventud. Su influjo ya es decisivo y su significado es otra de las grandes omisiones de las maquinarias partidistas. Nunca hubo en Colombia tantos jóvenes como en el presente decenio. Ello es consecuencia del proceso de crecimiento demográfico de estas tres décadas de profunda renovación. En este momento, más de siete millones de colombianos están en el sistema educativo y de ellos alrededor de 350 mil se hallan en instituciones de educación superior. Los ciudadanos menores de treinta años suman nueve millones. Su visión de la política es diferente de la que guió a las generaciones anteriores. Los odios partidistas que se transmitían en el apellido ya no cuentan para ellos porque si bien la familia fue el más importante formador de la lealtad y la opinión políticas, su papel en este sentido se transformó totalmente, en parte por la desintegración de la familia y sobre todo por la desaparición del sectarismo. En principio lo que predomina entre los jóvenes es el rechazo

a la política porque tienen de ella la imagen de algo corrupto y piensan que los líderes políticos actúan fundamentalmente en función de intereses personales. A los ojos de la juventud colombiana, los partidos son dinásticos, la vinculación a ellos es más afectiva que crítica, porque no corresponde al análisis de la realidad y entre los partidos, salvo los nombres, no hay mayores diferencias, porque los partidos que se proclaman defensores de la democracia no se guían por valores democráticos en su vida interna. A pesar de todo esto, en la juventud se está engendrando una conciencia social que terminará por expresarse políticamente en la medida en que los jóvenes comprendan que la política no debe depender de los políticos profesionales sino de la participación y la opinión de todos los colombianos porque nunca hubo un cambio más profundo en el nivel educativo entre una y otra generación.

Todas estas razones ya serían suficientes para esperar nuevas actitudes, criterios, intereses y comportamientos políticos. Sin embargo, las novedades serán todavía mayores si se considera que a esta nueva generación le ha correspondido ingresar a la edad laboral cuando se desencadenó una de las peores crisis económicas en la historia del país. El desempleo le demuestra a los jóvenes en forma dura y concreta que no les puede ser indiferente el manejo del poder del Estado y que tienen derecho a saber quién toma las decisiones y a favor de quiénes al definir la política social y económica.

Los profesionales

Entre los jóvenes sobresale otra nueva fuerza social de importancia decisiva para la modernización política de Colombia. Me refiero a los profesionales. Ellos representan uno de los cambios más significativos en la estructura de las sociedades modernas y nuevos protagonistas indispensables en el desarrollo de la democracia porque ejercen un nuevo tipo de liderazgo que se fundamenta en el conocimiento y ya no en las relaciones de familia, en el capital o en cualquier otro tipo de privilegio social.

Hace tres años y medio en una reunión con profesionales que se sumaban a nuestra causa, señalé que "los profesionales han tenido problemas para participar en política no tanto por culpa suya como por la penuria intelectual de las opciones existentes en las diversas regiones a escala nacional. Muchos de ellos pertenecen a las franjas abstencionistas, es decir, no votan, ni hacen proselitismo, ni asisten a reuniones, ni dan aportes económicos, ni se comunican con los congresistas. Sin embargo, ello no significa que no busquen información sobre los problemas públicos o dejen de discutir acerca de los temas de interés nacional. En otras palabras, es difícil encontrar un profesional a quien le resulten totalmente indiferentes los asuntos públicos, pero, tampoco es fácil encontrar profesionales dispuestos a participar en política, pues no les satisfacen los canales existentes, ya que los partidos no se han modernizado y, con frecuencia, los antiguos protagonistas de la política o los nuevos de mentalidad tradicional sienten temor a la presencia activa y entusiasta de ciudadanos más preparados cuya opinión es más independiente".

"El profesional cuando no participa, rara vez se margina por escaso conocimiento de las cuestiones en discusión sino por razones muy heterogéneas. A veces, porque desprecia la corrupción y el egoísmo que tienden a manipular las actividades políticas. Otras veces por un idealismo utópico, pero lo más frecuente es que se margine por escepticismo o porque piensa que el sistema no ofrece alternativas verosímiles y se siente prisionero de una especie de sentimiento de frustración colectiva". Es un error de los profesionales marginarse del proceso político por varias razones:

"En primer lugar, es evidente que quienes no participan en política no pueden estar adecuadamente representados en el Gobierno del país. Esto debilita al propio Gobierno que pierde el concurso de ciudadanos cuya opinión sería útil, pero, al mismo tiempo, le permite a los gobernantes ignorar las necesidades e intereses de quienes no participan en política".

"En el caso específico de los profesionales es difícil precisar el grado de participación po-

lítica logrado. Posiblemente ya es significativo en los principales centros urbanos, pero todavía es muy bajo o casi nulo en las pequeñas ciudades y en las zonas rurales, por lo tanto, si bien la influencia de los profesionales ya se percibe en el manejo de los problemas propios de las grandes ciudades aún no trasciende, en debida forma, en los asuntos económicos y sociales del sector agropecuario. El profesional que trabaja con el Estado no se siente satisfecho por las condiciones actuales de la administración pública; sin embargo, ésta sólo se transformará cuando se renueven los partidos y la política gracias a la mayor participación de los sectores modernizantes encabezados por los profesionales”.

“En segundo lugar, es evidente que la apatía generalizada es causa de violencia política y aumenta las oportunidades para que la administración del país esté en manos de irresponsables o de personas que busquen el Gobierno como si se tratara de conquistar un instrumento de privilegios personales y otras gabelas”.

“En tercer término, un grupo social que se niegue a participar en política no puede tener plena convicción sobre el fundamento de sus opiniones. En cambio, es posible que el mismo hecho de intervenir en la vida pública le permita comprender factores, obstáculos y posibilidades que antes no había tenido en cuenta al juzgar la realidad nacional. Como se ha dicho tantas veces, la participación no sólo estimula el conocimiento político, sino que también aumenta la responsabilidad, hace más profunda la atención y aumenta el sentido de la propia eficacia política. El profesional, por sus propias posibilidades intelectuales, está más obligado a conocer la realidad política para juzgarla objetivamente sin evadir su responsabilidad acudiendo a los prejuicios y desconceptualizaciones globales”.

“En el caso de los profesionales vinculados a la administración pública, como lo señalé en párrafos anteriores, la formación de una conciencia política resulta especialmente interesante y necesaria. Decenas de miles de profesionales, sobre todo los de la salud, los educadores, los ingenieros, los abogados y los

agrónomos trabajan para un Estado cuyas instituciones e instrumentos desconocen y cuyos recursos rara vez son objeto de discusiones y análisis completos”.

Se calcula que desde 1958 hasta hoy 400.000 personas han terminado sus estudios de educación superior. Su influjo en la política ya comenzó pero será mayor en el curso de los próximos años para convertirse en factor decisivo de cambio en lo que resta del siglo.

Sindicatos y pequeños empresarios

En el inventario de fuerzas generadas por la nueva sociedad urbana ocupan un lugar sobresaliente los trabajadores y los pequeños y medianos productores organizados. Cerca de un millón de trabajadores sindicalizados y una inmensa cantidad de microempresarios y pequeños industriales tienen derechos e intereses que deben influir en la organización social y económica del país y que, por lo mismo, necesitan expresión política. Hasta hace dos o tres décadas, estos intereses no estaban organizados; eran meramente potenciales y tenían poca repercusión en el proceso de construcción de la voluntad colectiva. El cuadro ha cambiado completamente, pues ahora estos intereses sí se han organizado, por lo cual están en condiciones de modificar los factores de poder político frente a otros grupos de presión, gremiales y productivos que por ventajas económicas y sociales eran los únicos interlocutores de los partidos y a través de ellos conseguían que el poder del Estado estuviese preferentemente al servicio de sus necesidades y aspiraciones.

Indígenas y colonos

Aun cuando parezca independiente del proceso de urbanización, existen otras fuerzas nuevas que deben ser reconocidas y estimuladas como protagonistas indispensables de la Colombia moderna, así se hallen localizadas en zonas rurales. Es el caso de los indígenas y

de los colonos. Los primeros están despertando del sueño de varios siglos para reclamar no sólo sus tierras sino la identidad a que tienen derecho por su lenguaje, sus costumbres y toda su cultura. Los segundos viven hoy los peores problemas de violencia rural. Están dispersos aún y con modesta integración al proceso social, pero no son campesinos conformistas ni pasivos y como les sucede a la mayoría de las fuerzas renovadoras del país se hallan a la espera de tesis y opciones que les merezcan credibilidad por la coherencia de su comportamiento y la decisión de enfrentarse a los poderes privilegiados del país.

Tercera edad

Al lado de estas fuerzas nuevas, en nuestra época están surgiendo otros sectores que cuestionan la organización social. El proceso demográfico empezó a generar una franja creciente de personas mayores de sesenta años que exigen servicios y seguridades para su edad. Las personas jubiladas no son y no pueden ser seres pasivos que se limiten a esperar el final de su existencia. Por el contrario, son colombianos que aportan información y experiencia y quienes hoy abren un camino a una sociedad joven que dentro de pocos decenios paradójicamente tendrá grandes proporciones de su población en la tercera edad. Si ellos son respetables porque representan el pasado que influye en la vida colombiana, con mayor razón la sociedad tiene que escuchar a quienes hablan en nombre del porvenir, a los ecólogos que exigen el respeto de la naturaleza y saben que es perfectamente posible conciliar las necesidades del desarrollo con la protección de los recursos naturales. Esta es otra fuerza en ascenso que reclama responsabilidad y sentido de previsión a los gobernantes y a los demás protagonistas sociales. El comportamiento político de los ecólogos, tampoco es conformista ni resignado. Su mensaje es de cambio y de reflexión, proviene de conciencias capaces de comprender no sólo episodios sino algo más profundo como son los propios procesos naturales que pueden prolongarse durante varios años pero tienen reglas y factores inexorables.

Podríamos continuar la lista de fuerzas sociales que han surgido o han tomado concien-

cia de sí mismas, como consecuencia de la urbanización: los educadores, los comunicadores, los artistas, los deportistas, los comerciantes, los transportadores, las organizaciones cívicas, pero lo ya señalado es suficiente para comprender que la inmensa mayoría de todas estas fuerzas sociales no tienen canales de participación política y como señalara hace pocos minutos la doctora Alegría Fonseca son fuerzas a las que se les niega el acceso a las fuentes generadoras del poder político. Ello sucede, pienso yo, porque las organizaciones electorales y partidos están concebidos en función de la antigua Colombia rural, los pequeños núcleos de poder local que responden a intereses y valores feudales pero no tienen nada que ver con la sociedad urbana en donde han crecido estas nuevas fuerzas sociales.

La internacionalización

El problema sería menos grave si Colombia continuara en el contexto de la urbanización y no se agregara, como ya señalé, otro factor tan complejo e importante como es la internacionalización que ya empezó a determinar en forma sustantiva el desarrollo del país.

Sin una perspectiva internacional no podremos resolver el problema del desempleo, puesto que son indispensables los mercados externos para infundirle un nuevo ímpetu al proceso de crecimiento económico; tampoco podremos organizar y consolidar nuestra seguridad interna y externa; ni definir los factores para aprovechar los recursos energéticos; ni modernizarnos desde el punto de vista científico y tecnológico; ni completar el sistema de comunicaciones, la red de servicios públicos o el sistema de transporte. La deuda externa de América Latina nos ha creado otro contexto del cual no podremos escaparnos para definir las futuras estrategias de desarrollo.

Los colombianos en el exterior

Antes de que todo esto fuese evidente, ya una proporción considerable de los colombianos empezó a vivir las realidades de la internacionalización. Me refiero a los compatriotas

que se hallan en el exterior y quienes representan una gigantesca fuerza social sin mayores posibilidades de expresión. Son algo más de dos millones y medio según los cálculos más modestos. Se trata de migraciones espontáneas e improvisadas del más diverso nivel, desde el cerebro de alta calificación académica que busca su realización científica en medios más propicios hasta el humilde labriego que pasa la frontera en forma clandestina para calmar el hambre y buscar trabajo.

Durante estos años nos hemos acercado a los compatriotas en el exterior para escucharlos, establecer sus necesidades y crear canales de comunicación, de modo que puedan expresarse políticamente y tengan oportunidad de participar en la interpretación de la Colombia moderna. Su experiencia es multifacética y es casi totalmente ignorada por nuestro Estado y nuestra sociedad. Por su propia condición de emigrantes son seres atrevidos y creativos que no temieron afrontar ambientes desconocidos y hostiles. Están en Venezuela, en los Estados Unidos, en el Ecuador y en España en forma multitudinaria y prácticamente no existe país americano o europeo en donde no haya una colonia colombiana considerable tal como acaban de demostrarlo en el Congreso Nacional del Nuevo Liberalismo donde por primera vez una organización política les dio acceso de igual a igual con los colombianos residentes en el país.

La opinión de todas estas fuerzas nuevas sobre la política colombiana tiene los elementos comunes ya conocidos: escepticismo, desconfianza y rechazo. No les reconocen a los partidos ni la voluntad de representar a todos los colombianos ni el interés de impulsar cambios verdaderos en la organización social, política y económica. La sociedad cambia a pesar de los partidos políticos porque éstos no se ocupan de interpretarla y organizarla. En realidad no son partidos políticos sino organizaciones electorales y por eso en vez de atender las necesidades de la Nación, estos partidos tienden a desintegrarla a manos de intereses parciales y regionales según las conveniencias de las estructuras burocrático electorales.

No son verdaderos partidos

No son verdaderos partidos políticos porque no cumplen una labor masiva permanente y no han sido capaces de extender el área de participación popular en los asuntos públicos. Los líderes regionales engendrados y consolidados por el sistema político son incapaces de gobernar el país. En realidad obran como si no les interesara hacerlo. Actúan como parásitos para vivir a expensas del Estado y muy rara vez aprecian el problema de planeamiento, integración y dirección general de los asuntos públicos en función de los intereses nacionales. Con este tipo de partidos no se integra a Colombia, pues lo único que logran estos partidos es que las gentes se aislen para atender sólo problemas personales.

Han sido todas estas reflexiones las que nos han movido a buscar directamente a la Nación, sin pedirle permiso a nadie desde hace seis años, cuando el Nuevo Liberalismo emprendió la marcha y especialmente desde octubre de 1981 cuando nos comprometimos con este proyecto político. La meta es transformar la democracia en Colombia con un gigantesco y prolongado proceso de educación política que permita una gran participación de los colombianos en la formación de la voluntad colectiva. No pretendemos destruir los partidos sino obligarlos a que se adapten a las necesidades de una sociedad que se urbaniza y de un país que se incorpora día tras día a los procesos internacionales. El fortalecimiento de la democracia no es posible sin partidos modernos, que defiendan la democracia porque la viven en su organización interna desde los niveles locales hasta los nacionales. Los partidos no deben ser apenas instrumentos de especialistas o profesionales de la política sino los órganos a través de los cuales se expresan la voluntad y las aspiraciones de amplios sectores de opinión. Esto es lo que no han querido entender las maquinarias en que convirtieron a los partidos y esto es lo que las fuerzas nuevas de la política estamos construyendo para defender la libertad de los colombianos y el derecho de la Nación a ser un auténtico protagonista del mundo contemporáneo y a merecer el respeto de los demás pueblos.

Los años que estamos viviendo son decisivos. Nosotros tenemos fe en nuestro país y por eso entendemos esta época compleja como un período histórico lleno de posibilidades. Si hoy nos encontramos ante fuerzas nuevas que reflejan una nueva sociedad, en los próximos diez años los cambios y las fuerzas nuevas se van a volver más profundos y más poderosos. Quienes se resisten a reconocerlo así cometen una profunda equivocación. No han comprendido que la Nación está ganando madurez y por lo mismo se ha vuelto más dueña de su destino. Tampoco han entendido que la época en que los colombianos aceptaban ser

espectadores pasivos ya pertenece al pasado. Esta sociedad tradicional basada en la violencia, la agresión y la intolerancia se está transformando y nosotros somos conscientes que nuestro deber hoy, concreto e irrenunciable, es defenderle esa posibilidad de transformación contra todos los prejuicios, las tergiversaciones y los agravios. Su presencia en este acto y su decisión de acompañarnos demuestran que somos la fuerza política que está abriendo caminos y que gracias a ello Colombia podrá progresar hacia nuevos valores sociales y nuevas dimensiones históricas.

SUSCRIBASE A:

DOCUMENTOS NUEVO LIBERALISMO

AGENTES DE VENTAS

ALVARO VELASQUEZ CAICEDO

Calle 34 No. 27-36 Of. 506
Tels: 2693393 - 2330885
2688700 Ex. 235
Bogotá

ACOMPHEs LTDA.

Carrera 20 No. 36-06 Of. 407
Tels: 223343 - 330736
Bucaramanga - Santander

JOSE ANTONIO LIZARAZO

Calle 16 No. 2-95
Tel: 32647
Cúcuta - Norte de Santander

PROMOTORIA LTDA.

Calle 32E No. 75C34
Tel: 505420
Medellín - Antioquia

OMALINA DE GONZALEZ

A.A. No. 850
Tels: 6903 - 3281
San Andrés (Islas)

REGINA DE MACCHI

Carrera 42H No. 84B-65
Tel: 453858 - 312723
Barranquilla

AMANDA ACOSTA ARISTIZABAL

Av. 6a. No. 13N-62 Apto. 208
Tel. 615889
A.A. 6820
Cali

GILBERTO PUENTES PASTRANA

Carrera 15 No. 15-73
Tel: 3199
Florencia - Caquetá

JOSE FERNANDO CARDONA G.

Calle 16 No. 6-13
Tel 33871
Pereira - Risaralda

ISMAEL SANCHEZ MEDINA

A.A. 5935
Tel. 50843
Cartagena